6697

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

LA MÁQUINA HUMANA

Drama en cinco actos divididos en dieciséis cuadros

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1914

5

La máquina humana

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA MÁQUINA HUMANA

Drama en cinco actos divididos en diez y seis cuadros

ORIGINAL DE

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE

Estrenado con grandioso éxito en el Teatro Apolo, de Barcelona, la noche del 27 de diciembre de 1909

BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1914

612204

REPARTO

Personajes	Actores
La Duquesa del Rizal	Sra Puchol
Carolina (Su hija)	» Guitart
Gabriela (Doncella)	» Quesada
La Nicolasa (Chula de Madrid)	» Rovira
La Filomena (Id.)	» Gassó
La Rosario (Id.)	» Castejón
Petra (Mujer del pueblo)	» Vitales
El Duque del Rizal (Grande de España)	Sr. Perelló
El Doctor Carvajal (Médico de enfermedades nerviosas y mentales)	» Parreño
Don Tomás (Viejo mayordomo)	» Carnicero
Aragonés 1.º (De Ricla)	» Guilemany
Aragonés 2.º (De Ricla)	» Rigo
Pepe (Criado del Duque)	» Juaquín
Paco Carreño (Chulapo de Madrid)	» Socías
El Negrete (Licenciado de presidio)	» Viñals
Perdigon (Rata de Madrid)	» Delor
Periodista (Reporter de *El Imparcial Justiciero*.	» Saduell
Rata 1.º (El Cúchares)	» Rovira
Rata 2.º (El Obispo)	» Rovira
Rata 3.º (El Manitas)	» Guilemany
Miguel (Cochero del Duque)	» N. N.
Felipe (Guarda de jardín)	» Casanova
Estudiante 1.º (De la Universidad de Madrid)	» Juaquín
Estudiante 2.º (Id. id)	» N. N.
Estudiante 3.º (Id., id.)	» N. N.
Empresario de un cine (De Madrid)	» Rovira
Bedel (De la Universidad de Madrid)	» Guilemany
Caballero 1.º (De Madrid)	» Rigo
Caballero 2.º (Id.)	» Viñals
Mozo de merendero (Id.)	» Crespo
Un criado	» N. N.
Un cochero	» Crespo
Sargento de la Guardia civil	» N. N.
Un policía	» Crespo
Un vendedor de periódicos	» Crespo

La acción en Madrid.—Epoca actual.

Titulos de los cuadros

Cuadro I. — Espíritu y Naturaleza.
» II. — Cómo se elabora la cadena del crimen.
» III. — Reporterismo en acción.
» IV. — En cátedra.
» V. — El fantasma del Hotel.
» VI. — Los del hampa.
» VII. — Clínica de enfermedades nerviosas y mentales.
» VIII. — Visita de médico.
» IX. — Lección aprovechada.
» X. — La juerga.
» XI. — Abismos del corazón.
» XII. — Personajes de actualidad.
» XIII. — La sugestión hipnótica.
» XIV. — Horca caudina.
» XV. — Miedo a las sombras.
» XVI. — El triunfo del espíritu.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Telón de pasillo en el domicilio del doctor Carvajal

ESCENA ÚNICA

Aparece por la derecha el DOCTOR CARVAJAL en traje de calle

Doc. No me ha satisfecho hoy mi discurso en cátedra. No ha convencido por completo a mis alumnos. Persistiré mañana en la misma tesis. La gran dificultad de la enseñanza consiste en hacer comprensibles, para los cerebros de mediana o poca capacidad, las ideas de los entendimientos superiores. La tesis es ardua, en efecto. Se trata de aquilatar hasta qué punto son autónomas las acciones humanas. Hay dos géneros de vida en el hombre, perfectamente determinados por dos movimientos que se derivan de orígenes distintos. Uno que va desde la Naturaleza al espíritu, y otro que se deriva del espíritu para ir a la Naturaleza. El primero sugestiona los sentidos... El segundo pone un freno a esta sugestión. He aquí las dos fuerzas de eterna oposición. En su equilibrio o contraste

está el mejor gobierno de la vida. Si domina la Naturaleza, el hombre se convierte en una máquina, porque es esclavo de sus pasiones... Si hace que prevalezca la fuerza de su espíritu para dar buen régimen a esas pasiones, entonces puede considerarse como un ser libre... este es el sujeto racional. Creo que esto es comprensible, pero hay que decirlo todavía más claro. El vaso de vino sugestiona al borracho... El brillo de la navaja enloquece al ebrio de sangre... El guerrero se embriaga en el campo de batalla... La mujer es arrastrada y seducida por las vanidades que satisface el lujo... El licenciado de presidio se siente subyugado por la idea de la cárcel... Estas y otras muchas son formas monstruosas de la vida humana... En esa serie pueden considerarse comprendidos todos los géneros de locura cuyo estudio pertenece a la ciencia médica... Mis alumnos, sin embargo, sólo ven al sujeto anormal en los términos muy acentuados de la serie: cuando es loco de remate. Sería preciso ofrecerles los modelos de carne y hueso... Las formas plásticas que tienen esos movimientos ciegos revestidos de humanidad. El teatro... Ese fuera el mejor instrumento. Los actores podrían dar relieve a esos tipos no bien comprendidos por la sola emisión de la palabra. A la escena va la representación de la vida entera... Así es que muy bien puede convertirse en libro, cátedra, mitin, escuela y ateneo. Este sería el género dramático por excelencia... Allí pueden ponerse en acción, de un modo claro y preciso, los móviles que impulsan al crimen, determinados por la bestia natural, y los impulsos superiores que los coartan, derivados de la fuerza del espíritu. ¡Oh, sí! El teatro no cumple con su más hermosa

finalidad. Falta esa forma de enseñanza popular cuya generación y desarrollo, sin dejar de ser artística, sea profundamente educativa. (Consultando su reloj) Creo que he hecho un monólogo... Y mis clientes esperando. No importa: para ellos pienso... Mañana seré más explícito con mis alumnos. Ahora, a curar enfermos. (Mutación.)

CUADRO II

Habitación destartalada perteneciente a una casucha de los barrios bajos de Madrid; con salidas laterales y otra al foro que da al campo.

ESCENA PRIMERA

Aparecen PACO, PERDIGÓN, RATAS 1.º, 2.º y 3.º, con otros individuos del mismo jáez. A la derecha, Paco, como presidiendo la reunión: los demás, enfrente.

PACO — Continúa la sesión.

RAT. 1 — ¿Pero estamos seguros? No vaya a dar la policía un golpe en vago.

PACO — Hay que tranquilizarse. ¡Digo que hay que tranquilizarse! Para eso está Petra a distancia: para darnos aviso al primer amago. Tiene la palabra el Manitas.

RAT. 2 — Pues ya que se ha formalizado tanto la *custión*, repito lo que dije antes. Vamos de capa caída: que *coste*.

PACO — Y ¿qué dices tu a eso, Cúchares?

RAT. 1 — Casi lo *mesmo* que el Manitas. Que el oficio está *interceptao*. Yo apenas fumo, y si fumo, yo sé lo que fumo. Que *coste*.

PACO — Dirigiéndose al Rata 3.º Que hable el Obispo.

RAT. 3 — Estamos todos *inánimes*. Antes se podía trabajar... Uno afanaba un *reloje* a cualquiera y se encontraba con un *termómetro*

de oro... ¡valía la pena! ¿Y ahora, qué sucede?... Que uno se ceba en seguimiento de un duque—vamos al decir,—saca uno *too* el repertorio *sublimao* que tiene, y al cabo, cuando se consigue el *ojecto*, se encuentra uno con un *reloje niquelao:* nada más que *niquelao.*

RAT. 1 Eso es vergonzoso.

PACO ¡Calla!... Déjale que prosiga.

RAT. 3 Con las carteras sucede lo propio. Mete uno los dedos con limpieza—cómo se deben meter estas cosas,—saca uno la prenda, y tiene que soltarla al primer tirón... porque la llevan *amarrá* con cable, como si fuera un navío... Bueno, pues... uno dice: «Aquí hay caza mayor: a trabajar.» Se afinan los dedos, como si estuviesen hechos a máquina... esgrime uno la hoja *afilá*; se corta la amarra; se apodera uno de la cartera; se abre luego... ¿y qué hay dentro?... Una cédula de *vecindá;* ¡que *coste!*

PACO Que hable el Perdigón.

PER. Hoy se dice aquí la pura *verdá*. Esto es hablar en plata... Meneses. Cada cual sabe donde se halla su decadencia física. Yo tengo que decir que ya no se encuentra un Isidro que se deje *hinotizar* ni *pa* un remedio. Le dice uno al más *atortolao* que dentro de una guitarra hay una mina de oro americano y se le ríe a uno en las propias barbas. Nadie *cre* que haya dinero en ningún *lao* como no sea en el Banco de España. Y...—naturalmente—no es posible hacerle la competencia, al Banco de España, que mete donde quiere cartuchos de perdigones y saca monedas de cinco duros. Ese *trust* nos ha *arruinao:* ¡que *coste!*

PACO Bueno: pues, ¡que *coste!* (Después de larga pausa.) ¡Pido la palabra! (Después de nueva pausa.) ¡Digo que pido la palabra!

PER. Bueno.

PACO — Aquí se *desagera*. Aquí no hay principios fehacientes, y donde no hay principios fehacientes no se va a ninguna parte. Todos los oficios y todas las cosas tienen sus períodos *histéricos*. Lo mismo pasa con las comedias: cada vez gustan menos; pero eso consiste en que ya no se pone en escena *El terremoto de la Martinica*. Nos hacemos demasiado señoritos... Ya no sabemos vivir si no pasamos el día con su juerga al *respective*. Voy a ver si yo os saco de ese círculo vicioso. ¿Qué os falta? Nada en principios fehacientes. Que os sobra un duro: me lo entregáis, y punto redondo. Yo, en cambio, con las agallas que tengo en altas regiones, os saco de las garras de la policía.

RAT. 1 — Lo único.

PACO — Que diga el Manitas qué tiempo estuvo *enchiquerao*.

RAT. 2 — En eso no hay discrepancia.

PACO — Ni en eso ni en lo otro. Nos quejamos de vicio. Somos libres: tenemos un oficio *honrao:* podemos pasearnos casi siempre... Total: que vivimos como emperadores.

PER. — ¡Pido la palabra!

PACO — ¿Quién ha pedido la palabra?

RAT. 2 — Un emperador.

PER. — No hay que guasearse. Pa mí que Paco tiene razón y no tiene razón.

PACO — Por ahí, Perdigón, por ahí.

PER. — No hay negocios, porque nosotros somos demasiado *honraos*... vamos con muchos melindres y hay que atracarse de toro.

RAT. 1 — ¡Olé!

PER. — La calcomanía de un guardia municipal nos asusta... La sombra de un tricornio nos enfurece los pelos.

PACO — ¡Chachipé y olé!

PER. — Pues bien... Hay que reirse de todos esos fantasmones, y cuando uno de nosotros... —verbo en la gracia— necesite un ciga-

rro, debe pedírselo al primer guardia civil que encuentre por la calle.

TODOS ¡Bravo!

RAT. 1 ¡Chócala, Perdigón!

PACO Ya lo habéis oído. Perdigón nos enseña a todos a fumar.

PER. Ya sabéis donde está el estanco nacional.

RAT. 2 ¡Buena lección!

RAT. 1 ¡Pero buena!

RAT. 3 ¡Requetebuena!

RAT. 1 Desde hoy me río yo de toda la policía.

RAT. 2 ¡Que me vengan a mí con tricornios!...

PACO ¡Así quería yo veros; en esa *jetatura*! Ya tenemos principios fehacientes. Ya se puede hacer algo. Ahora ensanchad la oreja y oid al que tiene más *cefalalgia* que vosotros. Supongo que todos sabéis que esta tarde se verifica el sepelio de la señora duquesa del Rizal, grande de España de primera clase. Puedo aseguraros que a ese entierro asistirán la mar de relojes de oro, *garantizaos*. Esta tarde hay faena para todos, pero es preciso meter los dedos y no contentarse sólo con alargar las yemas.

PER. Descuide usted, Paco.

RAT. 2 Se meterán.

RAT. 1 Lo mismo digo.

RAT. 3 Y yo.

PACO Decid todos conmigo: «La guardia civil, para nosotros, como si *ná*.»

TODOS «Como si *ná*.»

PACO «La policía y la carabina de Ambrosio... ¡Pata!»

TODOS «¡Pata!»

ESCENA II

Dichos y PETRA, muy alarmada, por el foro

PACO (Viendo salir a Petra.) ¿Qué hay, Petra?

PET. Se dirige hacia aquí un hombre sospechoso.

PACO ¿Qué trazas tiene?

PET. Parece un inspector de policía.

(En un punto y como por encanto desaparecen todos, uno de ellos por una ventana, excepto Paco y Petra. Debe estudiarse bien este efecto. Cada cual hace su mutis por el lugar que de antemano tenga señalado, al efecto de que la desaparición se verifique sin encontrones y con gran rapidez. Después de la pausa dice:) ¿Y usted qué hace?

PACO Yo me quedo en este corral de gallinas.

PET. Pero...

PACO Lárgate con viento fresco... que pase adelante quien sea. (Vase Petra por el foro.)

ESCENA III

PACO

PACO Con estos muchachos no se va a ninguna parte; son más cobardes que las ratas. *Pa* mí que vengan todos los inspectores de policía de Madrid; aquí les espero. Tengo yo más agallas que todos juntos.

ESCENA IV

PACO, y DON TOMÁS, por el foro

TOM. ¡Hola, Paco!

PACO ¿Usía por aquí? Petra le ha confundido con un inspector de policía.

TOM. (Tomando asiento.) Me alegro de hallarte. Tenemos que hablar.

PACO Como quiera usía... Cerraré esta puerta que da al campo. Puede usía hablar con toda confianza... ¡Poco que me alegro de ver a usía!

TOM. ¿Sí, eh? ¡Ji, ji, ji!

PACO Por esta cruz. (Besando la cruz que hace con los dedos de la mano derecha.)

TOM. A ti no te gusta el rapé.

PACO No, señor, no.

TOM. A mí mucho. (Toma rapé.)

PACO Buen provecho.

TOM. ¿Conque todavía habitas en este casuchón?...?

PACO Mejor que en el palacio de Oriente. Arriba tengo a Madrid; a un *lao* el Manzanares... conque a ver quien me echa un galgo.

TOM. Bueno. Pues apunta ahí, en cualquier hoja de papel, lo que te voy a dictar. ¿Tienes lápiz?

PACO ¡Ya lo creo! Y papel... Dicte usía.

TOM. (Dictando.) Calle de Mendizábal, número ciento ocho, segundo, derecha, domicilio del doctor don Ramón Carvajal. Calle de Alfonso XII, setenta y ocho, todos los días, nueve mañana, visita señora enferma. Muy cerca, bosque del Retiro.

PACO Esto se parece mucho a una partida de defunción.

TOM. Admiro tu perspicacia. ¡Ji, ji, ji!

PACO Usía no tiene en cuenta que los chicos que funcionan bajo mís órdenes no se dedican a eso... Nuestro oficio no pasa del timo, de alguno que otro atraco, de la extracción de carteras y relojes... y alguna que otra chuchería. Esta faena no puede ser más *honrá* ni más decente.

TOM. Lo cual no hubiera impedido que ya estuvieseis muchos de vosotros en presidio sin la protección que os dispenso... ¿Qué te parece?

PACO ¿Supongo que no se habrá molestado usía...

TOM. Voy a ver si te doy alguna luz. Se forma una cadena. El primer eslabón, arriba. El último, abajo. Ni yo soy el primero ni tú eres el último. Cuando conviene se rompe la cadena y se esparcen todos los eslabones. Tú estás en contacto con una familia de muchachos *honraos*; convenido; pero éstos, a su vez, se codean con otros que

ya no miran tanto por su honra... ¿Vas comprendiendo?

PACO Bien claro lo dice usía.

TOM. Hace falta un instrumento... una máquina... Cuanto menos tenga de hombre racional, mucho mejor.

PACO Usía sabe más que Merlín.

TOM. ¡Ji, ji, ji!

PACO Pero ¿dónde está esa máquina?

TOM. Haz memoria. Baja un poco de tu pedestal.

PACO Ya voy cayendo... ya voy cayendo.

TOM. Hasta que caigas del todo.

PACO Eso es... Ya he caído. Ya hallé la máquina.

TOM. De confianza, ¿eh?

PACO De mucha confianza. Un buen muchacho que salió ha poco de presidio... No hay quien le dé trabajo por esa mala nota, y el pobre, como no sabe meter los dedos, está aburrido hasta tal punto que muchos días, para comer, apela al recurso de armar bronca con los guardias. Lo enchiqueran, y así es como va satisfaciendo sus necesidades más precisas.

TOM. ¿Crees tú que ése podrá dar cuenta de don Ramón?

PACO Ya lo creo... pero habrá que darle mucho sebo, porque la cosa es muy gorda.

TOM. ¿Cuánto sebo necesitaría esa máquina?

PACO No sé... no sé. Considere usía que no es lo mismo *afanar* un reloj que *matar a un hombre*.

TOM. ¿Habrá bastante con cuatro mil pesetas mal repartidas?

PACO ¡Cuatro mil pesetas!... ¡Por ahí andará la cosa!... Pongamos cinco mil, por si acaso.

TOM. Sean cinco mil. Toma.

PACO ¡Demonio! Esto va de veras.

TOM. ¿Creías que era una broma? ¡Jí, ji, ji!

PACO (Después de tomar el dinero.) Trato hecho.

TOM. ¿Conoces tú al doctor Carvajal?

PACO ¿No tiene un hijo que se llama don Luis?

TOM. Justo.

PACO ¿Que es catedrático de Medicina?

TOM. Cabal. Uno que tiene gran fama de sabio.

PACO Y que cura enfermedades de nerviosos y locos.

TOM. Exactamente.

PACO Conozco a don Ramón.

TOM. ¿Y al hijo?

PACO A los dos.

TOM. Tanto mejor.

PACO ¿Dice usted que don Ramón, todos los días a las nueve...?

TOM. Visita a una señora enferma en la calle de Alfonso XII.

PACO Y como el bosque del Retiro está tan cerca...

TOM. Que le echen un galgo al otro... Pero hay que aprovechar la ocasión. Cuanto antes, ¿eh? cuanto antes.

PACO Descuide usía.

TOM. Sin miedo alguno... No hay que temer a la justicia. Para eso está el eslabón de arriba.

PACO Conforme.

TOM. Nada hemos hablado nosotros, ¿eh?

PACO Nada.

TOM. (Levantándose.) Trae mucha agua el Manzanares...

PACO Regular.

TOM. Te dejo en tu palacio. ¡Ji, ji, ji! Si algo ocurre...

PACO Ya sé donde tengo que ver a usía.

TOM. Prontito.

PACO Puede que mañana...

TOM. Así me gusta... ¡Ji, ji, ji! (Vase don Tomás por donde vino.)

ESCENA V

PACO

PACO ¡Cinco mil pesetas! ¡A ver! Uno... dos... tres... cuatro y cinco... No... No disminu-

yen... Están bien contados... digo: ¡y qué de juergas se preparan!... ¡y qué de mantones de Manila!... Me río yo del festín de Baltasar... Guardemos el dinero. ¿Y esos gallinas?... ¡Bah! La del humo. Se habrán ido a otro corral. ¿Pero es posible que Perdigón, mi ayuda de cámara?...

ESCENA VI

PACO y PERDIGÓN, que asoma la cabeza por la puerta derecha

PER. Aquí estoy.

PACO Ven aquí... Ya sabía yo que tú quedarías al husmeo... ¿Y los otros?

PER. Se evaporaron.

PACO Bueno. Siéntate y hablemos como dos personas de alta aristocracia. (Se sientan. Paco en el asiento que antes ocupara don Tomás, y Perdigon en el de Paco.)

PER. Soy todo orejas.

PACO Saca tu libreta y apunta.

PER. Dicte usted.

PACO (Dictando.) Calle de Mendizábal, número ciento ocho, segundo derecha, domicilio del doctor don Ramón Carvajal, calle de Alfonso XII, setenta y ocho, todos los días, nueve mañana, visita señora enferma. Muy cerca bosque del Retiro.

PER. Eso es que estorba.

PACO ¿Quién?

PER. Este don Ramón.

PACO Lo has acertado.

PER. Esa es harina de otro costal, Paco. Nosotros no servimos *pa* eso. Quien nos quita de nuestro trabajo *honrao* nos pierde.

PACO Se forma una cadena. Un eslabón arriba y otro abajo. Cuando conviene se esparcen los eslabones. Ni yo soy el primero ni tú el último. ¿Me explico?

PER. ¡Ya lo creo!

PACO ¿Qué hace tu amigo Negrete?
PER. ¡Ah!
PACO Ahí tienes el último eslabón. Le alquilamos como si fuera una máquina.
PER. Pero está muy *arruinao* y enmohecido... Para ponerle en uso hay que gastar mucho aceite.
PACO ¿Cuánto aceite crees tú que se necesita?
PER. ¿Qué sé yo?
PACO ¿No habrá bastante con dos mil reales?
PER. Ponga usted cuatro mil, por lo que pudiera suceder, y al avío.
PACO Toma. (Saca uno de los cinco billetes y se lo entrega.)
PER. (Tomando el dinero y guardándoselo.) Voy a verle esta misma noche.
PACO Hay que aprovechar la ocasión. De la justicia no hay que hacer caso.
PER. ¡Quién piensa en eso!
PACO Se concluyó. A la faena. Y de lo hablado...
PER. Ni una sílaba.
PACO Vamos a ver si el Manzanares trae mucha agua.
PER. Vamos. (Vanse por el foro.)

CUADRO III

Telón corto de calle

Oyense a la derecha grandes rumores como de un público numeroso que comenta, escandalizado, un hecho que promueve su indignación. Sin que cesen estos rumores, salen por la derecha CABALLEROS 1.º y 2.º

CAB. 1 ¡Qué vergüenza!
CAB. 2 ¡Qué escándalo!
CAB. 1 ¡En plena luz del día!
CAB. 2 ¡A las nueve de la mañana!
CAB. 1 A este paso será preciso salir a la calle con el revólver en la mano.
CAB. 2 ¡Un hombre de bien!... Un doctor afamado.

CAB. 1 ¿Le conocía usted?

CAB. 2 ¡Ya lo creo! Desde hace muchísimo tiempo.

CAB. 1 Yo no tuve nunca el honor de tratarle personalmente, pero de referencias sabía que don Ramón era un médico, no sólo de mucho saber, pero también de muy recta conciencia.

CAB. 2 Un cumplido caballero.

CAB. 1 ¿Conoce usted también a su hijo don Luis?

CAB. 2 Mucho. Una gloria española.

CAB. 1 Eso dicen.

CAB. 2 Figúrese usted el disgustazo que le espera.

CAB. 1 Ya me lo figuro.

CAB. 2 Bien lejos se hallará, explicando en cátedra sus famosas teorías sobre la locura y el crimen, de que su padre ha sido vilmente asesinado.

CAB. 1 ¿Cree usted que don Ramón...?

CAB. 2 No llega a la casa de socorro. Cuando le colocaron en la camilla estaba ya expirante.

CAB. 1 ¿Le vió usted?

CAB. 2 Por mi mala suerte... Fuí de los primeros en llegar al sitio de la ocurrencia. El cuerpo del doctor estaba en medio de un charco de sangre; con una herida mortal en mitad del pecho. No quisiera recordarlo.

CAB. 1 ¿Y el miserable asesino?

CAB. 2 Afirman los que le vieron, que echó a correr después de cometer el crimen, desapareciendo en el bosque del Retiro.

CAB. 1 Ya no le cogen.

CAB. 2 Allí vienen corriendo dos individuos de la policía.

ESCENA II

Dichos. POLICIAS 1.º y 2.º por la izquierda, con mucha precipitación

CAB. 2 No, no corran. No se fatiguen demasiado.

POL. 1 ¿Es cierto que don Ramón Carvajal?...

CAB. 2 Ya le llevaron moribundo a la casa de socorro.

POL. 1 ¡Qué barbaridad!

POL. 2 Y al matador ¿no le han cogido?

CAB. 2 ¡Qué le han de coger?

CAB. 1 Lo de siempre.

POL. 1 Vamos, Bonifacio, vamos a ver lo que ha ocurrido. Dispensen.

CAB. 2 No hay de qué. (Vanse los policías por la derecha.)

ESCENA III

CABALLEROS 1.º y 2.º

CAB. 1 También se han afectado.

CAB. 2 Un hecho así afecta a todo el mundo, porque revela la falta de seguridad personal y las deficiencias de la policía... No hay nada más importante que la conciencia pública escandalizada.

ESCENA IV

Dichos. PERIODISTA, por la derecha, con una libreta de apuntes y un lápiz

PERIO. ¡Ah! Señores: perdón si les interrumpo. De fijo que se hallan comentando el terrible suceso. Yo he llegado tarde. Don Ramón ha fallecido en la casa de socorro... Ha sido una desgracia para la información pública.

CAB. 1 ¿Es usted?...

PERIO. Reporter de *El Imparcial Justiciero*, para lo que gusten mandar.

CAB. 2 Muchas gracias.

PERIO. He venido volando para recoger noticias. ¿Saben ustedes algo? ¿Se hallaban cerca del lugar del suceso cuando se perpetró el crimen?

CAB. 1 Este caballero fué uno de los primeros que...

PERIO. ¡Oh fortuna!... ¿Sería usted tan amable?... Le quedaré eternamente agradecido.

CAB. 2 Pregunte, y si puedo serle útil...

PERIO. ¿Dónde fué asesinado?

CAB. 2 En el portal de la casa: creo que es el número setenta y ocho.

PERIO. (Apuntando.) ¡Magnífico!

CAB. 2 ¿Cómo que magnífico?

PERIO. Quiero decir que... Adelante. ¿Vió usted al asesino?

CAB. 2 No, señor. Vi a don Ramón tendido y ensangrentado en el suelo.

PERIO. ¿Aun vivía? ¿Y no le habló? ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! Pero bien... ¿Y el asesino? ¿Cómo no le detuvieron? ¡Esa policía!... ¡Buen palo se gana esta vez! «Policía, palo.» ¿De modo que?...

CAB. 2 Huyó, desapareciendo en el bosque del Retiro.

PERIO. ¿Y los guardias? ¿Qué hicieron los guardias? ¿Para qué sirven, entonces? ¡Otro palo! ¿Y don Ramón? ¿Qué objeto le trajo a semejante lugar?

CAB. 2 Según oí decir, visitaba todos los días a una señora enferma, á la misma hora.

PERIO. ¿Enferma, eh? Eso ya lo veremos luego. Este dato vierte mucha luz en el asunto... Ya iremos atando los cabos sueltos. ¿Dónde tenía la herida don Ramón?

CAB. 2 En mitad del pecho.

PERIO. ¿Se fijó usted bien?

CAB. 2 Sí, señor; se hallaba boca arriba tendido en el suelo.

PERIO. ¿Y el arma?

CAB. 2 Creo que no se ha encontrado.

PERIO. Esto no es verosímil. Un asesino no se lleva el arma ensangrentada... Aquí hay misterio. El arma debió haberse encontrado. ¿Se han examinado los alrededores? ¿Y las ropas de la víctima? ¿Se han regis-

trado bien? Sería éste un caso inaudito. Repito que esto no es posible? ¿Y los porteros? ¿Se ha informado usted? ¿No les ha preguntado nada?

CAB. 2 Según parece no se hallaban en la portería.

PERIO. ¡Paliza monumental, porteros!¿ Y dónde se hallaban?

CAB. 2 ¡Qué sé yo!

PERIO. Pudiera haberlo indagado por los vecinos... La conducta de los porteros es sospechosa, es altamente sospechosa. Son muchas coincidencias, caballero, son muchas coincidencias. ¡Ha sido una lástima que usted, que llegó de los primeros, no se aprovechase de la ocasión para adquirir tan preciosos datos...

CAB. 2 Siento no poderle ofrecer mejor información... Con su permiso.

PERIO. Un momento... ¿cuál es su gracia?

CAB. 2 Dispénseme, señor mío. No quiero que mi nombre suene de ningún modo en tan desagradable suceso.

PERIO. Siempre lo mismo... Todos huyen de la justicia como de un espantable espectro... Este país está perdido. El público se queja de que la información es deficiente y atribuye la causa a los reporters... Sin embargo... Ya lo ven ustedes. No es nuestra la culpa.

CAB. 2 ¡Basta!

CAB. 1 Nos retiramos.

PERIO. Por favor, señores; aun queda algo muy interesante... Los móviles del crimen... Algo se habrá susurrado... El populacho tiene un gran instinto, y casi siempre acierta. Algo se habrá esparcido entre las gentes.

CAB. 2 Nada hemos oído... Quede usted con Dios.

PERIO. Falta el detalle más importantísimo... El estado de la enferma.

CAB. 2 Creo que no es de mucho cuidado.

PERIO. No me ha comprendido... No le pregunto por ese estado, sino por el otro. ¿Es casada o soltera? ¿Mujer hermosa, eh? ¿Mujer hermosa?

CAB. 2 Alto allá, caballero. Ni al mismo juez le concedo derecho para interrogarme en esa forma. Vámonos, don Paco.

PERIO. Pero, señores... Se trata de informar a la opinión pública. Consideren que...

CAB. 2 Ni una palabra más.

PERIO. Bueno. Vayan con Dios. (Mientras los dos caballeros se apartan para hacer mutis por la izquierda, dice aparte:) Algo he pescado. Aquí se esconde uno de esos dramas pasionales que hacen época... No cabe duda.

CAB. 1 (Aparte al Caballero 2, antes de hacer mutis.) Ese hombre es una máquina. Ya tiene cuerda para rato. Mire usted como habla y gesticula.

CAB. 2 Esa máquina sirve de vehículo a las ideas. Esparce a todos los vientos las fecundas semillas del progreso y la civilización... pero cuando se sale de sus rieles lo atropella todo sin miramientos de ninguna especie, y ¡ay de aquél a quien atropella! (Vanse por la izquierda.)

ESCENA V

PERIODISTA

PERIO. Es preciso aguzar el ingenio para reconstituir los hechos... Ahora tengo exaltada la imaginación y debo aprovechar estos períodos álgidos... ¿Qué ha pasado aquí? Que un desconocido ha matado a un doctor de fama, desapareciendo luego en el inmediato bosque del Retiro. Este es el hecho principal. Pero me faltan datos para revestirlo del interés que exige la información. ¿Cómo diablos se las componen esos detectives

que ahora se estilan? Nada escapa a su penetración... Todo lo averiguan aun antes de que haya ocurrido... Vamos a ver... Hay que examinar los datos por separado para luego hacer su enlace y establecer el juicio en conjunto. Don Ramón visitaba a una señora todos los días... Ya hemos convenido en que se trata de una mujer hermosa... de una de esas jamonas dislocantes... ¡Dislocantes! Este añadido no va mal. Partamos de este principio de información irrebatible. Hay que desechar la idea del crimen vulgar, que sólo interesa a la familia de la víctima... No. Se trata de un crimen pasional, y, si se quiere, hasta romántico y caballeresco. Cierto es que un caballero, huyendo por los bosques del Retiro, no hace mucho honor a su nobleza; pero esto puede explicarse. No hay que abandonar la tesis. La profesión de médico de don Ramón y la enfermedad de la señora no son suficientes para despistar a la opinión. Unos cuantos puntos suspensivos darán a entender la verdad oculta en el fondo. Supongamos que el corazón de la dama fluctuase entre dos amantes... Enfermedad amatoria... Supongamos que uno de los dos amantes era el doctor... y que el otro le insulta al salir... Suena una bofetada... Esto se va encauzando. El ultraje es reparado con sangre... Así se explica la agresión. Semejante hipótesis se halla favorecida por la huída del matador. ¿Quién sabe dónde se oculta, ni a qué rango social pertenece?... Averígüelo Vargas. La casa donde habita la señora indica claramente que se trata de personas principales... Sólo hay aquí un punto obscuro. El arma no se ha encontrado... Debe ser un estoque. No es creíble que un caballero mate a otro de un navajazo... Este elemento conjetural casa muy bien con el hecho de haber desapare-

cido el arma homicida. El agresor metió el estoque ensangrentado en el bastón y desapareció de la escena sin dejar ningún rastro... Me siento detective. El hecho de que los porteros no se hallasen en la portería puede calificarse, o no, de misterioso según las circunstancias... Lo más natural es que los porteros no se hallen nunca en su puesto. Creo que he llegado al término positivo de la verdad. El caso es que el público se conmueva de una manera profunda. Esto es lo que conviene, y esto sólo se consigue con una relacion interesante, llena de admiraciones y puntos suspensivos. Para eso sirve la ortografía y no para ninguna otra cosa. (Consulta su reloj.) El tiempo preciso. Aun puede salir mi crónica en la edición de esta tarde... No hay tiempo que perder... A la redacción. (Vase por la derecha.)

CUADRO IV

Sala de clase en la Universidad de Madrid

ESCENA PRIMERA

Frente al hemiciclo, y formando como dos bandos o grupos, ESTUDIANTES 1.º, 2.º y 3.º, rodeados de otros muchos

EST. 1 Lo que yo afirmo y sostengo es que no hay razón para interpretar de ese modo las teorías que nos explica nuestro profesor.

EST. 2 Porque tu opinión es contraria a la mía. ¡Vaya un sistema de discutir!

EST. 1 Yo expongo mis razones.

EST. 2 Yo también.

EST. 1 No señor.

EST. 2 Sí señor.

EST. 1 Hay que profundizar las cuestiones y fijarse bien en la médula que tienen las cosas. Tu juicio es contrario porque sólo obedece a un examen muy superficial.

EST. 2 No levantes tanto la voz que no estamos en la calle.

EST. 1 No la levantes tú tampoco.

EST. 2 Pues en voz baja: repito que no es admisible esa teoría del hombre máquina... Eso de que no hay criminales...

EST. 1 Cuestión de nombre. Llámales tú como quieras. El doctor los califica de enfermos o locos.

EST. 2 Ahora te pego yo una bofetada. ¿Estoy loco?

EST. 1 Tú mismo te pones el dogal al cuello... No puedes hacer eso aquí en clase... Lo impide tu buen entendimiento. Si cometes esa mala acción es porque tu razón se habrá ofuscado. Ahí tienes un acto de locura. Además, es muy probable que yo te la devolviese.

EST. 2 ¿Y qué serías tú en tal caso?

EST. 1 Otro loco.

EST. 2 Llámale H.

EST. 1 No te salgas por la tangente, ¿eh?

EST. 2 No me salgo. De esta manera resulta que todos somos irresponsables de las acciones que cometemos. Sobran las cárceles y los tribunales de justicia... Así resulta que el estado anárquico es el más adecuado para el modo de ser de los hombres. No hay moral posible ni sociedad tampoco, porque falta el fundamento que pone disciplina en los asociados. ¡Eh! ¿qué tal?

EST. 1 Estás desbarrando, amigo: tú confundes la locura con la impunidad. Si nos damos de bofetadas daremos prueba clara de que nuestro buen juicio se ha perturbado, pero esto no empece para que se nos expulse de la clase. No hay que confundir a Tarifa con las islas británicas.

EST. 2 Veo que dices eso de darnos de bofetadas con mucho retintín.

EST. 1 Con todo el retintín que piden las circunstancias.

EST. 2 Si no estuviéramos en clase...

EST. 1 Aun respetas la clase... Eso es que todavía no estás loco.

EST. 2 Ya me estás cargando con tanta locura.

EST. 1 Quítate la carga, porque si no vas a sudar mucho.

EST. 2 A la calle.

EST. 1 Donde quieras.

EST. 3 (Mientras los estudiantes de cada bando detienen a los contendientes.) El profesor... El profesor. (Rápidamente se restablece el orden y todos ocupan sus asientos.)

ESCENA II

Dichos. El DOCTOR CARVAJAL se sienta junto al sillón que habrá en el hemiciclo

DOC. Me satisface mucho, amigos míos, ver la asiduidad que demostráis para asistir a clase y la atención manifiesta con que escucháis mis lecciones. Habréis oído decir que yo soy un partidario furioso de la teoría mecánica de la vida... No es así. Por el contrario: me declaro en favor de la tesis contraria. Creo firmemente que el motor de la vida que palpita en todo el universo es el Espíritu. El movimiento, en su origen, no puede obedecer al impulso de otra fuerza que no sea la fuerza consciente espontáneamente motriz. Dicho esto, voy a reanudar el tema que me sirve de discurso y que dejamos ayer interrumpido. Deseo llevar a vuestro entendimiento, de un modo bien empírico y sencillo, la verdad que encierra mi teoría de determinación y especificación de la locura humana. Fijaos

que entre el acto mental por el cual se acaricia la realización de un hecho y su ejecución hay una diferencia muy ostensible... Podéis experimentarlo por vosotros mismos... Contempláis en un escaparate un objeto que os agrada mucho y acariciáis la idea de obtenerlo. He aquí una imagen motora. Si en aquel punto mismo rompéis el cristal y os apoderáis del objeto en cuestión, demostraréis con vuestra conducta que aquella diferencia entre el pensamiento y su ejecución ha desaparecido accidentalmente. Aquí tenéis un acto de locura. En semejante caso el hombre se aproxima a la máquina... El distintivo que separa a los seres racionales de los llamados irracionales se funda precisamente en ese mismo hecho. Los animales inferiores al hombre no reflexionan sobre los actos que ejecutan. Pensamiento concebido, pensamiento ejecutado. Por el contrario: si en vez de romper el cristal os paráis a reflexionar, poniendo disciplina en la fuerza que os mueve a satisfacer el deseo de apoderaros de aquel objeto, demostráis al punto que vuestro espíritu es superior a la máquina, que sólo se mueve a impulsos de las sensaciones que recibe... Calculáis si la adquisición apetecida se halla en justa relación con vuestros medios económicos... Si tal objeto os ha de ser útil.... etc., etc. Cuanta mayor distancia pongáis entre esos elementos de cálculo y reflexión y el acto de realizar vuestro deseo, mayor será la libertad de vuestro espíritu para hacer valer sus decisiones. Así es como toma relieve la bella personalidad humana. Tal individuo es amo y señor de sus acciones y podemos afirmar rotundamente: «Ese hombre está cuerdo.» Pues bien: haced ahora que desaparezca esa línea divisoria, no de un modo accidental, sino de un

modo permanente, o casi permanente, y tendréis la máquina irracional... El hombre que está loco. (Pausa.) Sacad las consecuencias que se desprenden de semejantes hechos. Desde los más cuerdos a los más locos se establece una gradación correlativa que depende de la mayor o menor diferencia que media entre la emisión del pensamiento y el acto ejecutivo que lo pone en práctica. La consecuencia más importante es ésta: Si hay locos y si hay criminales no es por culpa suya... lo es de...

ESCENA III

Dichos, y el BEDEL de la Universidad

BED. ¡Don Luis! ¡Don Luis!

DOC. ¿Cómo se atreve usted a interrumpirme en clase?

BED. No hay otro remedio. ¡Qué desgracia! ¡Dios mío! ¡qué desgracia!

DOC. Viene pálido y desencajado... ¿Qué ocurre?

BED. Ocurre que...

DOC. Acabe de una vez.

BED. Oiga, don Luis, oiga. (Dícele en voz baja que han asesinado a su padre.)

DOC. ¡Misericordia divina! ¿Dónde?

BED. En la casa de socorro.

DOC. (Dirigiéndose a los estudiantes.) ¡Amigos míos!... Una noticia horrible que pone espanto en el espíritu y frío en el corazón... Suspendo mi discurso obligado por las circunstancias y por la angustia de que me hallo poseído... Sabedlo... Un desgraciado... un miserable... Una máquina... ha matado a mi padre...

EST. 1 ¡Qué horror!

EST. 2 ¡Muera el asesino!

TODOS ¡Muera!

DOC. No, amigos míos. No es ese el fruto que

debéis sacar de mis enseñanzas. Dirigíos, como lo hace mi dolor, a los únicos culpables. A la ciega Naturaleza y a la torpe Sociedad. Aquélla porque embrutece y esclaviza al Hombre; y ésta porque no le educa, enseñándole a ser libre... ¡Ahí tenéis a los verdaderos responsables del crimen! ¡Oh padre mío! ¡Padre mío! ¡Vamos!... ¡Vamos corriendo!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO V

Sala en el palacio de los duques del Rizal. Puerta secreta en el ángulo de la derecha y galería con terraza que da al jardín.

ESCENA PRIMERA

PEPE

PEP. El señor duque está hoy de un humor pésimo. ¡Bueno ha puesto al cocinero!... Como un trapo. Nunca le vi tan nervioso.

ESCENA II

Dicho. GABRIELA por la derecha

PEP. ¿Has sabido algo de nuevo?

GAB. Creo que el chubasco nos alcanza a todos.

PEP. ¿Y por qué? ¿Qué hemos hecho nosotros?

GAB. Lo mismo que el cocinero... Dar pábulo a eso que tú has contado de la sombra... que se vió correr por el jardín la otra noche...

PEP. ¿Acaso no la viste tú también?

GAB. Sí, sí; pero no lo digas... Todo ello puede ser una visión de nuestros ojos... y si no, dime: ¿apareció esa sombra de nuevo?

PEP. No, por cierto.

GAB. Aquel bulto negro que vimos, parecido a un fastasma, pudo ser alguna de las sombras que salen del pabellón que habita Felipe, el guarda del jardín, cuando se mueve la luz en el interior... no te quepa duda.

PEP. Mira, Gabriela: tú no eres el señor duque y puedo decírtelo. Nadie me quita de la cabeza que aquél era un fastasma efectivo. El caso es que yo, desde aquella noche, no puedo dormir tranquilo. ¡El menor ruido me pone nervioso!... ¡Se mueve una cortina, y me quedo muerto del susto!... Me he fijado que, desde entonces, el gato, que antes estaba siempre metido en la cocina, se viene de continuo a mi habitación y clava en mí sus ojos de un modo alarmante. Además, este hotel está lleno de rincones y puertas secretas. El duque aparece a lo mejor sin saber cómo, y desaparece como la estatua del comendador.

GAB. Tampoco a mí me hacen gracia las puertas secretas.

PEP. Juraría que ya tienes miedo.

GAB. Claro que lo tengo. Desde hace dos meses, que acaeció la muerte de nuestra ama, esta casa parece un cementerio. Ahora sólo falta que se llene de duendes y fántasmas.

PEP. ¿Tú puedes dormir por la noche?

GAB. También me despierto sobresaltada al menor ruido.

PEP. A grandes males grandes remedios, Gabrielita. Puesto que tú no duermes, ni yo tampoco, por separado, puede que durmiendo juntos...

GAB. Menos todavía.

PEP. ¿No te agrada mi proposición?

GAB. No; porque a un cobarde no se le quita el miedo porque se le agregue otro cobarde mayor.

PEP. Es que yo, a tu lado, me considero más valiente que Roldán.

GAB. Para probarlo quisiera yo que ahora apareciese la sombra.

PEP. No, Gabriela, no. (Mirando en torno con espanto.)

GAB. Ya te has puesto pálido.

PEP. Entre tú y el fantasma me estáis poniendo a dos dedos del vértigo *minué*.

GAB. ¿Qué mal es ése?

PEP. El delirio giratorio.

GAB. Si no te explicas mejor...

PEP. Cuando a uno le ataca ese mal, la cabeza le gira sobre los hombros como una polea loca.

GAB. ¡Qué barbaridad! ¿Y el cuello?

PEP. El cuello sirve de eje de rotación. Después que la cabeza ha dado dos o tres millones de vueltas, viene el vértigo *minué* a remachar el clavo, hasta que uno cae de su pedestal redondo como una pelota.

GAB. ¿Y dices que te retienta?

PEP. Apenas recibo una impresión desagradable... ¿Ves eso que estamos recordando del fantasma?... pues ya me ha sacado de los ejes. Pon aquí la mano y verás como me late el corazón.

GAB. No es menester que ponga la mano.

PEP. Ponla y verás como redobla.

GAB. Que redoble cuanto quiera. (Ruido de pasos.)

PEP. Felipe el guarda.

ESCENA III

Dichos. FELIPE, el guarda del jardín, por el foro

FELIP. ¿Hay permiso?

PEP. Entra, que somos nosotros.

FELIP. ¿Qué ocurre?

GAB. ¿Quién te ha llamado?

FELIP. Nuestro amo.

PEP. La tempestad arrecia... Yo escurro el bulto. Adiós, Felipe.

GAB. Yo también. (Vanse Pepe y Gabriela por el foro.)

FELIP. Idos en buenhora.

ESCENA IV

FELIPE

FELIP. ¿Habrá sospechado el amo alguna cosa?... ¡Sospeche lo que quiera!... Yo soy fiel como un perro para guardar un secreto. No me sacará una palabra del cuerpo: ¡así me haga pedazos!

ESCENA V

Dicho. EL DUQUE por la izquierda, de etiqueta

DUQUE (Sentándose.) ¡Hola!

FELIP. Buenos días tenga el señor duque, y que Dios le dé resignación para...

DUQUE (Secamente, interrumpiéndole.) Gracias, gracias. Te he mandado llamar porque me molesta mucho que dentro de mi casa, y por mi propia servidumbre, se dé pábulo a patrañas de ningún género. Hace dos noches... esto es: hace dos noches... ha debido alguien cruzar por el jardín a deshora...

FELIP. Como no sea Claudia, mi mujer, o alguno de los criados de la casa, lo niego en absoluto. La verja del jardín está cerrada, y no se abre a deshora para nadie.

DUQUE No creas que pongo en duda tu lealtad. Antes dudaré de todos que de ti. Además, tú eres en esta casa una excepción. Mi difunta esposa se había prendado de vosotros; sobre todo de Claudia, tu mujer; y yo también me hallo satisfecho de vuestros servicios.

FELIP. Muchas gracias, señor duque.

DUQUE ¿De qué hablábamos?... ¡Ah, sí! Se ha echado a volar la especie de que en el jardín aparece y desaparece, por las noches, un duende negro, y yo creo que el tal duende debe ser alguien que hace la ronda a las muchachas que habitan los pabellones contiguos. ¿Qué te parece?

FELIP. No me atrevo a formar juicio sobre ese particular.

DUQUE Ponte al acecho y a ver si descubres al nocturno galán para mandarle a galanear a otra parte... y si no, le metes una bala en el cráneo. Como mejor te cuadre.

FELIP. Ejerceré mucha vigilancia, y ya veremos si le atrapo. ¿Manda alguna cosa el señor?

DUQUE ...¿Qué más tenía que decirte?... ¡Maldita memoria!... ¡Nada, no! puedes irte. De paso dí que avisen a la señorita Carolina. Necesito hablarle.

FELIP. Está bien. (Vase por el foro.)

ESCENA VI

EL DUQUE

DUQUE ¿Será pronto todavía?... Sólo hace dos meses que murió la madre... Mi memoria oscila para todos los recuerdos menos para ese, que se me ha incrustado en la mente... Siempre está fresco en mi alma. Más todavía: la imagen de Cristina, con su hábito de monja de la Merced, se desprende de mi cerebro y asoma por fuera, a mis espantados ojos, como si no fuese un espectro y tuviese realidad de carne y hueso. Aquí viene Carolina... Echaré una sonda en su corazón.

ESCENA VII

Dichos, CAROLINA por la izquierda

CAROL. Hanme dicho que....

DUQUE Sí; deseo hablarte. Toma asiento. (Carolina se sienta a alguna distancia.) Aproximate... ¿Por qué tan distante?

CAROL. Por respeto.

DUQUE Acércate algo más, porque hemos de hablar confidencialmente.

CAROL. (Acercándose algo más al Duque.) Está bien. Ya escucho.

DUQUE Pronto hará dos meses que murió tu pobre mamá. Deseo que me digas, con toda franqueza, si has notado en mi conducta, durante el tiempo que ha transcurrido, ningún hecho que no haya podido ser de tu agrado.

CAROL. No; no, señor.

DUQUE ¿He podido hacer algo más en tu obsequio?

CAROL. Estoy satisfecha.

DUQUE Tú has mandado totalmente en esta casa. La servidumbre ha seguido al pie de la letra las severas órdenes que han recibido sobre este particular. Tus indicaciones han sido acatadas con más prontitud que las mías.

CAROL. No lo niego, señor duque.

DUQUE Por lo que a mí se refiere, he procurado con la mayor solicitud adaptarme a tu modo de ser, a tu propia vida... Alegre, cuando te he visto alegre. Pesaroso, cuando he notado que la pena anublaba tu alegría.

CAROL. Y le estoy sumamente agradecida por el interés que ha mostrado por mi persona.

DUQUE ¿Pero cómo has manifestado tu agradecimiento? Reservada conmigo... Esquivando mi presencia como si yo fuese el mayor de tus enemigos. Huraña siempre a mis galanterías... Indiferente por completo a mis

ternezas y cuidados... ¡Ah Carolina!... era ya preciso que supiese esta revelación de mi pecho. He sufrido mucho.

CAROL Engañado por las apariencias, sin duda. Ya sabe usted que mi alma sufrió un terrible vuelco al fallecimiento de mi mamá.

DUQUE Sí; ya sé que la adorabas.

CAROL. Este hotel ha sido para mí un claustro desde entonces.

DUQUE Cierto es que has hecho vida de monja.

CAROL. El dolor me hizo huraña con todos.

DUQUE Con todos, no. Dígalo Gabriela.

CAROL. Mi mamá la quería mucho. Yo he heredado todos sus afectos.

DUQUE Menos el que a mí me profesaba.

CAROL. (¡Torpe de mí!)

DUQUE Yo era el ídolo de tu madre. ¿Y quién soy yo para la hija!

CAROL. ¡Señor duque!

DUQUE ¡Un señor duque!... eso es: un señor duque! ¡Un padrastro!

CAROL. Le ruego que me dispense si mi conducta ha dado lugar a semejante error de apreciación. Usted será siempre para Carolina un segundo padre. ¡Nunca podré dar al olvido que un sacerdote le unió a mi madre al pie del altar! Y puesto que hemos llegado a este punto, considero conveniente que tracemos, de común acuerdo, la línea de conducta que debemos seguir...Yo seré su hija, señor duque, mientras usted quiera ser mi padre.

DUQUE Para el mundo, sólo para el mundo. Más para ti... Oye, Carolina.

CAROL. Señor.

DUQUE Seré breve; pero no olvides ninguna de mis palabras. Eres la propia imagen de tu madre... ¡Quizá más hermosa todavía!...Yo me figuro que en ti ha revivido su persona... Hasta creo que no ha muerto... que sigue habitando en este hotel... que vive en mi compañía... que la puedo acariciar

con mis ojos, embelesándome con la luz de su mirada... Ese prodigio lo has realizado tú, Carolina... Tienes juventud y hermosura: yo poseo riquezas y honores... puedo ofrecerte todo cuanto alhaga, en su mayor grado, la vanidad de la mujer.

CAROL. (Levantándose súbitamente.) ¿Ha oído usted, señor duque?...

DUQUE ¿Qué has oído?

CAROL. Allí. (Señalando al cuarto derecha.) En aquel gabinete... Una voz tierna y amorosa... La voz de mi madre, que ha resbalado dulcemente en mi oído.

DUQUE ¿La voz de tu madre?

CAROL. Lo juraría, señor, lo juraría... ¡Qué encanto tan prodigioso!

DUQUE Vuelve en ti. Desvanece esa ilusión...

CAROL. «¡Valor, Carolina!...» ¡Esas fueron sus palabras!... ¡Madre! ¡Madre de mi vida! Estás temblando como un pajarillo... Tranquilízate. Conozco estas alucinaciones de los sentidos... Ve a tu gabinete... Piensa en lo que te he dicho y ya me darás la respuesta otro día.

CAROL. ¡Era la voz de mi madre! Como cuando estaba viva... ¡Qué ilusión! ¡Dios mío! ¡qué ilusión! (Vase puerta izquierda.)

ESCENA VIII

EL DUQUE

DUQUE Aquél era su gabinete... No se ha tocado ningún mueble. Todo está lo mismo que cuando ella vivía. La cama... Las cortinas... los objetos de arte... Nada falta. (Pausa.) Es singular... Hay una fuerza misteriosa que que me impulsa a penetrar en ese gabinete. ¿Para qué? ¿Para convencerme de que Carolina ha soñado? ¡Bah! esto fuera indigno de mí... ¿Cómo ha de ser que hablen los

muertos? Entraré: nada se pierde... Así quedará mi espíritu tranquilo. (Entra en el gabinete de la derecha.)

ESCENA IX

DON TOMAS por el foro

TOM. Señor duque... No está. No debe hallarse muy lejos. Le esperaré.

ESCENA X

Dicho. El DUQUE sale de espaldas por la derecha, dando muestras de hallarse poseído del mayor espanto, mirando fijamente al fondo del gabinete.

DUQUE ¡Horror!... ¡Horror!
TOM. ¿Qué pasa, señor duque?
DUQUE ¡Ah! ¿Eres tú?
TOM. El mismo.
DUQUE (Tomando asiento y pasándose la mano por la frente.) (¡Qué visión tan horrible!)
TOM. ¿Se siente indispuesto?
DUQUE No... No... No es nada.
TOM. Está bañada en sudor frío su frente. ¿Quiere vuecencia que avisemos al médico? (En este momento, la Duquesa, con hábito de monja de la Merced y la cabellera suelta por la espalda, aparece por la derecha como un espectro, cruza la escena y desaparece por la puerta secreta que habrá en el foro, ángulo izquierda.)
DUQUE ¡No, no!
TOM. ¿Algún vahido?
DUQUE Sí, un vahido... Entra en aquel gabinete... Sobre el mármol de la mesilla de noche, junto a la cama que perteneció en vida a la duquesa, hay un frasco de esencia... Tráelo.
TOM. Al punto. (Vase por la derecha.)

ESCENA XI

EL DUQUE

DUQUE ¡Tendida sobre la cama con su hábito de monja de la Merced y las manos cruzadas como en su propio féretro!... ¡Espantosa aparición! Nada se oye... el fantasma sólo tiene existencia para mí.

ESCENA XII

Dicho. DON TOMÁS, por la derecha

TOM. Vuecencia debe hallarse trascordado... No hay ningún frasco sobre el mármol de la mesilla.

DUQUE Y en la cama... ¿nada has visto?

TOM. No, señor.

DUQUE ¿Te fijaste bien?

TOM. ¡Ya lo creo!

DUQUE (Respiro. Son delirios de mi mente perturbada.)

TOM. ¿Voy por éter?

DUQUE Ya no hace falta... Pasó el vahido.

TOM. ¿De modo que...?

DUQUE Me encuentro con fuerzas hasta para estrangularte si fuera necesario.

TOM. ¡Qué cosas tiene vuecencia! ¡Ji, ji, ji!

DUQUE He hablado con Carolina... Ya le he confiado mi secreto.

TOM. ¡Malo!

DUQUE ¿Por qué?

TOM. Porque ahora vivirá más prevenida.

DUQUE ¿Y qué otra conducta debo seguir? Tú eres un viejo miserable cuya única ciencia se funda en el puñal o en el veneno... Te he colmado de riquezas, creyendo que podría salir de tu cerebro alguna luz, y me he equivocado.

TOM. Vuecencia está nervioso... Le exalta demasiado la pasión que le inspira Carolina.

DUQUE ¿Cómo no dices que la encuentras muy hermosa?... ¿que tiene perfiles de estatua?... ¿que sus ojos brillan como dos flores encendidas?... ¿No es ese el imán con que te apoderas a diario de mi alma y de mi dinero?

TOM. ¿Y no es verdad que Carolina es una diosa? ¿Ha visto vuecencia en otra mujer alguna un tesoro más cabal de gracia y hermosura? ¿No es una maravilla humana?

DUQUE ¡Ah!... perro viejo! ¡Que bien comprendes las artes del dominio de la voluntad!

TOM. ¡Ji, ji, ji!

DUQUE Fué preciso echar una sonda en su corazón.

TOM. ¿Y ella?

DUQUE Fría y reservada.

TOM. Ya caerá la esfinge de su pedestal... Y si se resiste a caer... vuecencia conoce donde se halla el recurso supremo.

DUQUE Vas a conseguir que abomine de tus drogas.

TOM. Sería vuecencia un desagradecido. Un narcótico bien activo disuelto en una taza de te...

DUQUE Silencio... No evoques ese recuerdo...

TOM. Y menos activo, en vez de producir la muerte, provoca la embriaguez de los sentidos... como un letargo dulce y pasajero... Cuestión de dosis... ¡Ji, ji, ji!

DUQUE Me causas repugnancia.

TOM. La sangre es lo que debiera repugnarle a vuecencia... ¡Lástima fué que al doctor Carvajal...

DUQUE ¡Tú le mataste!

TOM. Yo hice el encargo... ¿Y por qué? No me dijo vuecencia que, advertido el doctor de la causa que produjo la muerte de la señora duquesa, se hallaba decidido a poner el hecho en conocimiento del juzgado?

DUQUE Sí... sí. Pero calla o te hecho las zarpas al cuello. Yo no quiero a Carolina narcotizada en mis brazos, como si fuera una escultura de carne sin vida ni movimiento. Mis ansias de amor no se satisfacen con la posesión de la estatua. La quiero con luz en los ojos... con aliento en el corazón... con deseo en el alma. Así es como la quiero. Pero tú no encontrarás esa bellota, porque eres un cochino ciego.

TOM. Guíese vuecencia por mis consejos.

DUQUE ¡Basta! Exprime tu cerebro. ¿Quieres que te haga millonario? Haz que Carolina me ame.

TOM. Pero...

DUQUE Quédate con tus drogas, miserable viejo. (Vase por el foro.)

ESCENA XIII

DON TOMÁS

TOM. ¡Jí, ji, ji! A mi amo y señor le falta un tornillo. ¡Que le ame su hijastra Carolina!.. Para eso fuera menester embrujarla, y no hay brujos que tengan semejante poder. Me llama perro viejo... No importa, con tal que no me cierre su caja de caudales. ¡Que le ame Carolina!... ¡Jí, ji, ji! (Vase por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO VI

Telón corto de calle

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la derecha EL PERDIGÓN, disfrazado de señorito, y EL RATA 1.º vestido de blusa

RAT. 1 No lo dudes, Perdigón.

PER. Hay que fijarse bien en la silueta del individuo.

RAT. 1 Ya me he fijado.

PER. *Pa* mi que no se dejan timar, y de paso corremos el peligro de que salgamos a estacazo por barba.

RAT. 1 Te vuelves rudimentario, Perdigón.

PER. El más viejo tiene traza de ganadero.

RAT. 1 Y el *ganao* atonta. Mírales: hace media hora que les tiene *agarraos* al suelo el palacio del Banco. Se les *hinotiza*, créeme, se les *hinotiza*.

PER. Aun estuvieron más tiempo contemplando la fuente de la Cibeles.

RAT. 1 Son nuestros. Esta es la ocasión de probar el timo que hemos *inventao*.

PER. No te entregues a la fantasía. Mira que esta gente... tiene malas pulgas... Hay individuos que entran en seguida en relaciones *hinóticas*... pero éstos no me satisfacen.

RAT. 1 ¡Buenol Ya me has quitado la ilusión que tenía de devolverle a la Filomena los diez duros que le debo.

PER. Más le debo yo a la Rosario.

RAT. 1 ¿Y dejas pasar la ocasión? Por ésta que ya no vuelvo a proponerte ningún negocio. ¿*Pa* esto nos gastamos trece pesetas en el Rastro *pa* que pudieras vestirte de goma? Vamos, tú... Venga la cartera.

PER. Tómala... pero lleva cuidado, y no la extravíes, que está llena de billetes...

RAT. 1 Los conozco... Están mejor *falsificaos* que los del Banco. Por un *lao* llevan el busto de Cervantes, y por el otro... un anuncio del anís del mono.

PER. Se dirigen hacia aquí.

RAT. 1 Alejémonos nosotros. (Vanse ambos por la derecha.)

ESCENA II

ARAGONÉS 1.º y ARAGONÉS 2.º, con sendos garrotes, por la izquierda

ARAG. 2 ¡Vaya un caserío, padre!

ARAG. 1 Que diga luego el secretario del pueblo que no hay otra fuentecica como aquélla. ¡Vaya un cacho de fuente que hemos *dejao* al extremo de la calle!

ARAG. 2 La fuente de Cascabeles... Me *paece* que dijeron la fuente de Cascabeles. ¿No le suena a usted a cascabeles lo que dijeron, padre?

ARAG. 1 No cascarrees tanto. Lo mismo da que sean cascabeles que cencerros.

ARAG 2 ¿Y aquellas bestiecicas que tiran del carro? ¿Qué son aquellas bestiecicas?

ARAG. 1 Aquéllas no son bestiecicas, hombre; son animales feroces, *sacaos* de la misma piedra.

ARAG. 2 Yo creí que se nos venían encima.

ARAG. 1 Pues, ¿y el Banco?... ¡No te has *fijao* en el Banco? ¡Ridiós, qué Banco!

ARAG. 2 ¿Que si *ma fijao*? ¡Ya lo creo! Y en el *reló* que hay *mitio drento* de la pared como un ojo de buey.

ARAG. 1 Le hace puntas al del campanario del pueblo.

ARAG. 2 ¡Y cómo daba la hora!... ¿No oyó *usté* como daba la hora?

ARAG. 1 Pues no sabes todavía lo mejor. Que ese

banco está lleno de plata y calderilla por *drento*.

ARAG 2 ¿Y qué hace ahí tanto dinero?

ARAG. 1 Ves tú a saber, chiquio, ves tu a saber... Así que *haigamos* comido nos iremos al Retiro... dicen que aquel paseo está *plagao* de monos.

ARAG. 2 Pues mano al garrote.

ARAG. 1 Creo que no acometen. Sólo están allí *pa* vista.

ARAG. 2 *Pa* mí que acometan todo lo que quieran... ¡Ridiós!... Ya tengo ganas de arrimarle un palo al primero que se presente. Aquellos animaluchos que vimos en la fuente me tuvieron en guardia más de media hora.

ARAG. 1 Pero es porque no te fijaste en que eran de piedra, hombre.

ARAG. 2 De piedra o no de piedra, yo estuve *preparao* por un si acaso. Figúrese *usté* que se nos arrancan de pronto... ¿qué hacemos!

ESCENA III

Dichos RATA 1.º, saliendo precipitadamente por la izquierda

RAT. 1 (Ofreciendo al Aragonés 2.º una cartera.) Esta cartera. Tome usted esta cartera.

ARAG. 2 (Perplejo.) ¿Yo?

ARAG. 1 Tómala, hombre.

ARAG. 2 (Tomando la cartera.) Venga.

RAT. 1 Hasta luego. (Vase precipitadamente por la derecha.)

ESCENA IV

Dichos, menos Rata 1.º

ARAG. 2 ¿Y esto, qué significa, padre?

ARAG. 1 Trae aquí. (Abre la cartera un poco para examinar su contenido y exclama:) ¡Ridiós! Si está llena

de billetes... ¡Esta si que es gorda, maño!

ARAG. 2 Guárdesela usted, que viene hacia aquí un señorito.

ARAG. 1 Y bien que la guardo.

ESCENA V

Dichos. PERDIGON por la derecha

PER. Dispensen ustedes... ¿No han visto pasar corriendo a uno por aquí?

ARAG. 2 No hemos visto *ná*.

ARAG. 1 Somos forasteros y no sabemos *ná*.

PER. ¿Por dónde diablos habrá escurrido el bulto?

ARAG. 2 No hemos visto *ná*.

ARAG. 1 *Ná* sabemos... Váyase usted a otra parte.

PER. Me ha sustraído una cartera con cinco mil pesetas... Ibamos en la plataforma de un tranvía, y cuando lo noté ya no pude darle caza. No es que me haya arruinado, pero, francamente: son cinco mil pesetas.

ARAG. 1 No *himos* visto *ná*.

ARAG. 2 *Ná* sabemos.

PER. Ustedes dispensen. Queden con Dios.

ARAG. 1 La enhorabuena. (Vase Perdigón por la izquierda.)

ESCENA VI

Los mismos menos Perdigón

ARAG. 1 ¡Chiquio!

ARAG. 2 ¡Padre!

ARAG. 1 ¡Cinco mil pesetas!

ARAG. 2 ¿Cuánto es eso?

ARAG. 1 *Arrimao* a los mil duros o *pué* que pase.

ARAG. 2 No se mueva *usté*, padre, en un buen rato.

ARAG. 1 ¿Y qué vamos a hacer aquí *plantaos*?

ARAG. 2 Aguardar a que pase.

ARAG. 1 ¿El qué ha de pasar?
ARAG. 2 El susto. No nos movamos porque nos lo van a conocer en la cara.
ARAG. 1 Aquí viene el otro.
ARAG. 2 ¿Quién, padre?

ESCENA VII

Dichos. RATA 1.º por la izquierda

RAT. 1 Haga usted el favor de devolverme la cartera.
ARAG. 2 Un garrotazo en los sesos te voy a dar como te acerques mucho.
ARAG. 1 Largo.
RAT. 1 Esa cartera es mía. Qué *coste*.
ARAG. 2 Ni tuya ni de nadie.
RAT. 1 ¿Tratan ustedes de quedársela?
ARAG. 1 (Enarbolando el garrote.) Largo he dicho.
ARAG. 2 ¿La emprendo a garrotazos con él?
ARAG. 1 Aguarda, que *pué* que se vaya él solo.
RAT. 1 Quieren quedarse la cartera. Está bien. Yo iré a la cárcel pero ustedes me harán compañía. (Hace medio mutis.)
ARAG. 1 Oiga usted.
ARAG. 2 Déjele que se vaya, padre, déjele que se vaya.
RAT. 1 Dentro de esa cartera debe haber lo menos ochenta duros.
ARAG. 1 ¿Dices que ochenta duros?
RAT. 1 Siquiera partamos la ganancia.
ARAG. 1 ¡Vaya! *Pa* que veas que no tratamos de hacer *ningún nigocio*. Te daré cuarenta duros y vete con tu madre de Dios.
ARAG. 2 Mire que es mucho, padre.
ARAG. 1 Calla tú. (Sacando de la faja dos billetes de a 100 pesetas.) Toma.
RAT. 1 Esto es otra cosa.
ARAG. 1 Lárgate y a vivir.
RAT. 1 Con viento fresco.

ESCENA VII

Dichos menos Rata 1.º

ARAG. 2 ¡Padre!

ARAG. 2 ¡Chiquio!

ARAG. 1 ¿Quieres que nos caiga el día encima? Volvámonos a la *posá*. Este pueblo está lleno de ratas. Al primer tren que salga nos volvemos al pueblo.

ARAG. 2 ¡Bien *pensao*!

ARAG. 1 Ya *himos* hecho en *Madrí tóo* lo que teníamos que hacer. Yo iré por delante. Tú te vienes detrás, a ocho pasos. Y... ¡ojo al Cristo, que es de plata, maño!

ARAG. 2 Eche *usté pa lante* (Vanse por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO VII

Sala de clínica del Doctor Carvajal (Don Luis). Salidas al foro y derecha

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece por el foro el CRIADO de Don Luis y ARAGONESES 1.º 2.º

CRI. Pasen aquí a la sala de visitas... No tienen que esperar... Fué una suerte para ustedes... Voy a dar aviso al doctor... Pueden tomar asiento. (Vase por la derecha.)

ESCENA II

ARAGONESES 1.º y 2.º

ARAG. 2 ¡Como le meten a uno tan pronto en las habitaciones de las casas ricas!

ARAG. 1 En cuanto que preguntamos por el doctor Carvajal, mira donde nos han *mitido*.

ARAG. 2 ¡*Miá* que dejarnos solos con tantas cosas como hay de lujo!

ARAG. 1 No toques a nada, maño.

ARAG. 2 ¡Qué *hi* de tocar!

ARAG. 1 Dijo que podíamos tomar asiento.

ARAG. 2 ¿Dónde? Yo no veo aquí ninguna silla.

ARAG. 1 (Tocando a uno de los sillones.) ¿Y esto no son sillas *pa sentase*?

ARAG. 2 (Tocando con la mano uno de los asientos.) ¡Qué van a ser esto sillas *pa sentase* si se deshacen en los dedos como una manteca!

ARAG. 1 Dime: si este señor no sabe nada de la cartera, ¿cómo nos volvemos a Ricla?

ARAG. 2 Eso digo yo también... ¿Cómo nos volvemos a Ricla?

ARAG. 1 Bien merecido lo tenemos, por haber sido ambiciosos.

ARAG. 2 Debía usted haberse *quedao* siquiera para hacer el viaje.

ARAG. 1 ¡Dale bola! Ya me lo has dicho más de cien veces. Le di *tóo* el dinero que *trujimos*.

ARAG. 2 ¿Le dió usted los cuarenta duros?

ARAG. 1 Justos y cabales.

ARAG. 2 En cuantico que abrimos la cartera y que supimos que lo que nos habíamos *figurao* que eran billetes de banco eran anuncios del anís del mono... ¿qué le dije a usted?

ARAG. 1 Que nos habíamos *quedao* sin los cuarenta duros.

ARAG. 2 A ver si falla.

ARAG. 1 Nos engañaron aquellos tunos.

ARAG. 2 *Pa* mí que estaban *amañaos*.

ARAG. 1 ¿Cómo habían de estar *amañaos* si uno de

ellos era un señorico y el otro un pelacañas?

ARAG. 2 Eso no es cuenta. Acuérdese *usté* que yo salí vestido de rey mago en aquella función que hicieron en Ricla.

ARAG. 1 Y que le dió a tu madre un accidente cuando te vió salir con aquellas barbas postizas.

ARAG 2 Pues lo mismo que me vistieron de rey mago pudieron haberme vestido de señorico.

ARAG. 1 Entonces se muere tu madre.

ARAG. 2 Voy a convencerle.

ARAG. 1 Pruébalo.

ARAG. 2 Coja usted el asno por la oreja.

ARAG. 1 Ya está.

ARAG. 2 ¿Qué nos dijo aquel señorico?

ARAG. 1 Que era suya la cartera.

ARAG. 2 ¿Y qué más?

ARAG. 1 Que había en ella cinco mil pesetas.

ARAG. 2 ¿Y qué dinero *hallemos?*

ARAG. 1 Papeles *mojaos*

ARAG. 2 Ahora saque usted la cuenta sin soltar la bestia.

ARAG. 1 Ya la saco.

ARAG. 2 ¿Y qué saca?

ARAG. 1 Lo mismo que tú... que estaban *amañaos.*

ARAG. 2 Ya *pué* usted soltar el burro

ARAG. 1 Ya *li hi soltao.*

ARAG. 2 Calle *usté*, que aquí vuelve.

ESCENA III

Dichos y CRIADO por la derecha.

CRI. Vendrá al momento... Supongo que el objeto de su visita...

ARAG. 1 Explícalo tú.

ARAG. 2 ¿Y cómo quiere usted que lo explique si eso es más largo de contar que una ristra de ajos?

ARAG. 1 ¿No es ésta la calle de Mendizábal?

CRI. Sí, señor.

ARAG. 1 ¿No vive aquí don Ramón Carvajal?

CRI. ¡Cómo! ¿Preguntan por don Ramón?

ARAG. 1 ¿Por quién *himos* de preguntar?

CRI. Antes sólo preguntaron por el doctor Carvajal, sin dar el nombre.

ARAG. 1 Habrá sido éste, que es más torpe que un cerrojo.

CRI. Desgraciadamente, don Ramón fué asesinado hace dos meses en la calle de Alfonso XII.

ARAG. 2 ¡Esta es otra!

CRI. ¿Nada sabían, por lo visto?

ARAG. 1 ¿De modo que ya no vive en esta casa?

CRI. No señor. Aquí vive ahora don Luis, su hijo. Esta clínica perteneció, en vida, a su señor padre. ¿Conocían al difunto?

ARAG. 2 ¡Qué *himos* de conocer!

CRI. Entonces, ¿por qué venían a verle?

ARAG. 1 ¿No es ésta la calle de Mendizábal?

CRI. Aquí viene don Luis. Entiéndanse con él. (Vase por el foro.)

ESCENA IV

ARAGONESES 1.º y 2.º. DOCTOR por la derecha

DOC. Buenos días. ¿Qué se ofrece?

ARAG. 1 Santos y buenos los tenga usted.

DOC. ¿Vienen como enfermos? No lo parecen.

ARAG. 1 No, señor, no. Venimos preguntando por don Ramón Carvajal.

DOC. ¿No saben que mi padre fué asesinado?

ARAG. 1 Lo acabamos de saber.

DOC. ¿Qué deseaban?

ARAG. 1 Explícalo tú.

ARAG. 2 El caso es que nosotros *semos* de Ricla.

ARAG. 1 Este es mi hijo.

ARAG. 2 Y que no me *cambio* por ningún otro.

DOC. Háganme el favor de explicarse pronto, porque tengo muchas atenciones a qué acudir.

ARAG. 2 Estábamos *plantaos* en la calle de Alcalá. *Ayúdame a explícalo.*

ARAG. 1 Uno que huía nos dió una cartera llena de billetes *falsificaos*.

ARAG. 2 Luego vino otro a *reclamala* y nos entró la ambición.

ARAG. 1 Nos quedamos la cartera, entregándole al primero que vino *tóo* el dinero que *trujimos* del pueblo.

ARAG. 2 Dos billetes buenos, de veinte duros cada cual.

DOC. En resumidas cuentas: fueron víctimas de un timo.

ARAG. 1 De un timo; eso es.

ARAG. 2 Ya *himos salío* de dudas.

DOC. ¿Y qué tengo yo que ver con todo eso? Sean concisos, se lo ruego.

ARAG. 1 ¿No es ésta la calle de Mendizábal?

DOC. Efectivamente.

ARAG. 1 Dentro de la cartera, junto con los billetes falsos, hemos *hallao* esta libreta... La hemos dao a leer, y mírelo usted... Aquí dicen que está *apuntao*.

DOC. (Tomando la libreta que le entrega el Aragonés 1.° y leyendo.) Calle de Mendizábal, número ciento ocho, segundo, derecha: domicilio del doctor don Ramón Carvajal. Calle Alfonso XII, setenta y ocho, todos los días nueve mañana visita señora enferma. Muy cerca bosque del Retiro... ¡Gran Dios!

ARAG. 1 No sabiendo nosotros a quien acudir, dijimos: vamos a casa de ese señor don Ramón, a ver si nos saca del *atollaero*.

DOC. Venga la cartera.

ARAG. 1 Tómela usted.

DOC. ¿Esta libreta de apuntaciones iba dentro?

ARAG. 2 Sí, señor.

DOC. ¿Qué clase de sujeto era el que huía?

ARAG. 1 Uno que tenía cara de granuja.

DOC. ¿Y el otro?

ARAG. 2 Iba *vestío* de señorico.

DOC. Este es el primer rayo de luz que viene a

este proceso, lleno de sombras y misterios. El descuido de los criminales da la pista que aun no han podido encontrar los jueces.

ARAG. 1 ¿Qué dice usted?

DOC. ¿Cuánto dinero les timaron?

ARAG. 1 Cuarenta duros.

DOC. (Sacando de su cartera dos billetes de cien pesetas y entregándoselos al Aragonés 1.º) Aquí están.

ARAG. 1 ¿Cómo?

ARAG. 2 ¿Nos da el dinero?

DOC. Que aumentaré hasta mil pesetas si se ponen a mi servicio por algunos días.

ARAG. 1 ¿Mil pesetas?

ARAG. 2 Mire *usté* a ver si son anuncios del Anís del Mono.

DOC. No, no... Son billetes del Banco de España legítimos.

ARAG. 1 Mande lo que quiera.

ARAG. 2 Será obedecido.

DOC. (Haciendo sonar un timbre.) Desde hoy tendrán hospedaje en esta casa.

ARAG. 1 A la legua se ve que es usted muy buena persona.

ESCENA V

Dichos y CRIADO foro

CRI. ¿Llama el señor?

DOC. Dile a Baltasar que no desenganche. Que siga el coche preparado.

CRI. Voy al punto.

ESCENA VI

Los mismos, menos Criado

ARAG. 1 ¿Qué *himos* de hacer?

DOC. Subirse al coche y pasearse por todo Madrid, hoy... mañana... todos los días... Se

fijarán en cuantos hombres vean por la calle.

ARAG. 1 Comprendido. Usted quiere que atrapemos a cualquiera de aquellos dos.

DOC. Exactamente. Le cogen y le entregan a la policía.

ARAG. 2 ¿No es mejor que le traigamos en el coche?

DOC. ¿Se atreven ustedes?

ARAG. 1 ¿Qué te *paece*, maño?

ARAG. 2 Que ya le tiene usté aquí si le vemos.

ESCENA VII

Dichos. BALTASAR, el COCHERO, por el foro.

COCH. ¿Va a salir el señor?

DOC. No soy yo; son estos señores los que van a ir en el coche. Llévales por la Puerta del Sol, calle de Atocha, Arenal, Carrera de San Jerónimo... por las calles más concurridas, donde se note aglomeración de gente, pero refrenando los caballos para que vayan al paso.

COCH. ¿Hasta cuándo?

DOC. Toda la mañana, hasta la hora de comer... y después, toda la tarde. Cumple bien mis órdenes, Baltasar.

COCH. Descuide el señor.

DOC. Váyanse con mi cochero.

ARAG. 1 *Agradecíos pa toa* la vida.

ARAG. 2 Hasta que nos veamos.

DOC. Fíjense bien.

ARAG. 1 Así lo haremos.

DOC. Hasta la vista. (Vanse por el foro.)

ESCENA VIII

DOCTOR, solo.

DOC. Después de dos meses de infructuosas actuaciones, aparece un vestigio, un rastro del crimen. Esta es una de las ruedas de

la máquina... no cabe duda. Uno de los eslabones de la cadena... Se trata del ejecutor material... del miserable instrumento que quitó la vida a mi padre... Pero el inspirador está más alto. El hecho de que el juez nada haya conseguido lo revela de un modo claro y evidente. He notado que no hay un interés decidido en que se castigue a los culpables... El poder que lo impide está oculto en la sombra. La ley se sumerge en esos abismos que tiene la vida social.

ESCENA IX

Dichos. CRIADO, por el foro

CRI. Una señora.

DOC. Que pase. (Vase criado.)

ESCENA X

DOCTOR, solo

DOC. ¡El misterio en el alma! ¡La enfermedad en el organismo! ¡Yo curo a los histéricos, locos y nerviosos, y éstos han matado a mi padre.

ESCENA XI

Dichos. La DUQUESA, por el foro, vestida de negro, cubierto el rostro con un velo.

DUQ. ¿Don Luis Carvajal?...

DOC. Pase usted, señora.

DUQ. ¿Podemos hablar con entera confianza?

DOC. Mi clínica es un sagrario.

DUQ. (Levantando el velo que cubre su semblante.) Entonces... me confío al caballero... al hombre de honor.

DOC. ¿No es ilusión de los sentidos? ¡La duquesa del Rizal!

DUQ. La misma.

DOC. ¡No salgo de mi asombro! Yo asistí a su entierro la víspera del funesto día en que mataron a mi padre.

DUQ. Recobre la serenidad. Míreme bien. No soy ningún espectro.

DOC. Ya veo que es usted.

DUQ. En cuerpo y alma.

DOC. ¡Ah, señora!... Comprenda mi estupor. Yo creí que estas resurrecciones sólo tenían realidad en la novela y el teatro... Tome asiento.

DUQ. (Tomando asiento donde el Doctor le indica.) Encuentro muy natural su sorpresa. No esperaba esta visita.

DOC. De ningún modo. ¿Cómo ha salido de su tumba?

DUQ. Se lo diré a grandes rasgos para abreviar. El duque y yo fuímos al Real una noche. Al regresar, tomé una taza de te. Ya acostada en el lecho sentí una angustia horrible. . se desvanecieron mis sentidos. No sé el tiempo que permanecí en aquel estado. Al recobrar el conocimiento me hallé amortajada dentro de un féretro... Se encontraba a mi lado su difunto padre, don Ramón, quien me hacía aspirar una esencia muy fuerte. Por él supe que el accidente sufrido se debía a un narcótico... que se había tratado de envenenarme... pero que mi naturaleza fué superior a la dosis... Entonces me sentí acometida de una duda horrible y le supliqué que mi vuelta a la vida fuese un secreto para todos. Seguí en aquel estado, fingiéndome muerta, y al llegar el instante crítico salí del féretro y desaparecí por una de las puertas secretas que hay en mi hotel, y que sólo yo conozco. Don Ramón, que no se separó de mi lado, cerró el féretro, supliendo con libros de una estantería el peso de mi cuerpo, y se guardó la llave... Lue-

go se verificó con gran pompa la ceremonia del entierro. Llevaron mi féretro al panteón, pero la duquesa del Rizal quedó con vida, para convertirse en espectro vengador que enturbia las noches y amarga los días de un hombre sin corazón ni conciencia. Helo aquí explicado.

DOC. ¿Cuándo supo usted la muerte de mi desventurado padre?

DUQ. El mismo día en que tuvo lugar.

DOC. ¿Y no posee ningún dato que vierta alguna luz sobre aquel sangriento suceso?

DUQ. Lo ansío tanto como usted. No hay lugar de fiesta y alegría en Madrid, ni venta ni merendero donde no se conozca a Flora la gitana... Nadie adivina sus pensamientos... Ninguno penetra sus intenciones... Esa Flora, esa gitana, soy yo.

DOC. ¿Usted, señora?

DUQ. Vendo flores a las chulas... Emborracho a los golfos... protejo a los más perdidos y viciosos... Todo con el fin de hallar algún vestigio, entre esa gente de mal vivir, que me revele la existencia del autor material del crimen.

DOC. ¿Y nada ha conseguido?

DUQ. No pierdo la esperanza.

DOC. ¡Ah, señora duquesa! Usted ensancha mi corazón. Me hallaba ya desesperado contemplando el malogro de cuantas diligencias han practicado los jueces y usted me reanima. Permita que sea su auxiliar en esa campaña que tan noblemente ha emprendido... Mi vida, mi nombre, cuanto poseo... todo se halla a su disposición, junto a los sentimientos más preciados de mi alma, que son de gratitud.

DUQ. Nada me agradezca. Obro así por propio interés... Contraje con su difunto padre una deuda sagrada. Acaso perdió la vida por haber salvado la mía.

DOC. ¿Usted sospecha que?...

DUQ. No... no. Dejemos esta senda, llena de negruras y misterios... Pasemos a otro asunto. Acudo de nuevo a su nobleza... Usted ama a mi hija Carolina.

DOC. Ese secreto no ha salido a mis labios. ¿Cómo lo ha penetrado?

DUQ. Nada escapa a la sagacidad de una madre... (Dentro, grandes rumores.) ¿Y esos rumores?

DOC. Presumo lo que ha ocurrido. Hay días de rara fortuna, y éste es uno de ellos... Un breve paréntesis, duquesa. Ocúltese tras esos cortinajes. (Señalando los que habrá en la puerta derecha.) Oirá una escena interesante. (Vase la Duquesa por la derecha.)

ESCENA XII

EL DOCTOR, abriendo la puerta del foro

DOC. ¿Qué ocurre? Andrés; adelante quien sea.

ESCENA XIII

Dicho. ARAGONÉS 1.º seguido del CRIADO

ARAG. 1 *Himos* tenido una suerte loca. Ya está ahí ese.

DOC. ¿Tan pronto?

ARAG. Le vimos que iba por la calle al poco rato de haber salido en su busca. Lo cogió el maño de una *brazá*, lo metió en el coche y aquí lo *trujimos*.

DOC. Que venga. (Vase el Aragonés seguido del Criado.)

ESCENA XIV

EL DOCTOR, aproximándose a la puerta derecha

DOC. Atención, señora. Este es uno del hampa. Un descuido le ha delatado. Mi gabinete de clínica va a convertirse en sala de justicia.

ESCENA XV

Dicho. PERDIGÓN, vestido de señorito cursi, ARAGONESES 1.º y 2.º y el CRIADO

ARAG. 2 Aquí está.

DOC. ¡Buena pieza!

PER. ¿Por qué me traen de tan mala manera? Esto no se hace con las personas *honrás*.

DOC. Sincérate si te es posible. ¿Conoces esta cartera?

PER. No, señor.

ARAG. 2 *¡Miá* que embustero!

PER. Digo la verdad.

DOC. Dentro de esta cartera se ha encontrado una libreta de apuntes... Mírala... ¿Tampoco te ha pertenecido?

PER. Tampoco.

ARAG. 2 ¿Quiere usted que lo estrangule?

ARAG. 1 Cállate, maño.

DOC. ¿Sabes que mi señor padre, don Ramón Carvajal, fué asesinado en la calle de Alfonso XII, cerca del bosque del Retiro, como se indica aquí en la libreta?

PER. Lo supe; más yo nada tengo que ver con eso.

DOC. ¿Por qué, entonces, se ha mudado el color de tu cara? ¡Miserable! No... Yo no sirvo para esto. Que se encargue el juez de averiguarlo. Vuélvanle al coche. Acompáñales, Andrés. Entreguen a esta pieza en la Comisaría inmediata con la advertencia de que pronto se hallará mi denuncia en poder del juzgado. Cumpla cada cual con su oficio.

ARAG. 2 Echa *pa alante*.

DOC. Cuidado con él.

ARAG. 1 Este no se escapa. (Vanse todos por el foro menos Carvajal.)

ESCENA XVI

El DOCTOR. La DUQUESA, por la derecha

DUQ. ¡Buena presa! Le conozco.

DOC. ¿Usted?

DUQ. Ese es Perdigón, uno de mis buenos amigos. ¡Ah! Ya puedo guiar mis pasos. Volveré a ser Flora la gitana.

DOC. Buen hallazgo para la justicia.

DUQ. No confíe usted en la justicia... Ese hombre será puesto en libertad.

DOC. ¡Cómo!

DUQ. Sí, Carvajal... Será puesto en libertad, mas no importa. Le cogerá este espectro... Le cogerá la gitana.

DOC. Me sorprende usted, señora. Su alma es un nudo de sombras.

DUQ. Para usted soy la duquesa del Rizal. No trate de penetrar en mis secretos... He venido a ofrecerle dos cosas: el castigo de los culpables y la mano de Carolina; pero es preciso que procure verla para fortalecer su ánimo. Vendré otro día. Quizá muy pronto.

DOC. ¿Me deja sumido en tan hondas incertidumbres? ¡Ah, duquesa! por piedad... sea más explícita... déme alguna orientación... Vagamente he podido adivinar a quien pertenece la mano que vertió el veneno en la taza de te.

DUQ. No lo diga.

DOC. El duque del Rizal.

DUQ. Sepúltelo en el corazón.

DOC. Y ese poder misterioso que coarta la acción de los jueces, ¿dónde se oculta?

DUQ. No interrogue a la esfinge... Hay dudas que muerden... Hay misterios que espantan. Calle usted.

DOC. ¿Acaso también el duque?...

DUQ. ¡Silencio, Carvajal!... ¡Silencio! (Vase la Duquesa por el foro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO VIII

La misma decoración del cuadro IV

ESCENA PRIMERA

Aparece CAROLINA, reclinada en un sofá, sumida en honda meditación; viste a la negligé elegante con algún desaliño

CAR. Mi situación es realmente insostenible. El duque es un hombre demasiado pasional para que nadie le haga desistir del proyecto que acaricia... ¡Oh!... le conozco muy bien; se ha contenido haciendo esfuerzos titánicos para ver si conseguía hacerse agradable a mis ojos... mas por dentro ardía el fuego de su pasión, y yo he distinguido perfectamente las llamaradas... Me es antipático, repulsivo...

ESCENA II

CAROLINA, GABRIELA por el foro

GAB. ¡Señorita!
CAR. ¿Qué hay, Gabriela?
GAB. El señorito don Luis.

CAR. ¡Carvajal!

GAB. El mismo. Viene a visitar al señor duque.

CAR. El duque ha salido, mas no tardará en volver. Me encuentra muy desaliñada. Introdúcele, Gabriela, y que aguarde un instante. (Vase Carolina por la izquierda.)

ESCENA III

GABRIELA

GAB. Al tocador a componerse... Hace bien, porque se trata de un buen mozo... Creo que la señorita y Carvajal... No quisiera equivocarme. Harían buena pareja.

ESCENA IV

Dicha. PEPE por la derecha

PEP. ¡Gabriela! ¡Gabriela!

GAB. Te prohibo que seas mi sombra... Allí donde voy, apareces en seguida como un fantasma.

PEP. ¡No!... No hables de fantasma alguno.

GAB. ¿Qué quieres?

PEP. Decirte que hoy me retienta mucho el vértigo...

GAB. Cúrate como puedas.

PEP. Dame un beso y me curo en seguida.

GAB. Cada vez te hallo más tonto. Eso no se pide. (Vase por el foro.)

ESCENA V

PEPE

PEP. Esta Gabriela me hace ir más afinao que un violín de concierto... Ahora dice que un beso no se pide... ¡Ah! Ya caigo... No, no se pide.

ESCENA VI

Dicho. El DOCTOR y GABRIELA, foro

GAB. Pase usted, don Luis. Mi señorita no tardará en salir; díjome que el señor duque volverá pronto.

DOC. Bueno. Esperaré. (Gabriela y Pepe vanse por el foro.)

ESCENA VII

El DOCTOR

DOC. Es preciso salir de esta incertidumbre. Cierto es que amo a Carolina, pero no me produce menos interés mi entrevista con el duque. ¿Será él?... ¡Oh? En tal caso la monstruosidad humana se ofrecería a mi estudio con todo su repulsivo carácter. ¿Podrá el médico analista sobreponerse al hijo dolorido? No sé. Veremos. Aquí viene Carolina.

ESCENA VIII

Dicho. CAROLINA por la izquierda

CAR. (Tendiéndole la mano.) ¡Carvajal!

DOC. ¡Carolina!

CAR. ¡Qué ingrato! ¡Dos meses sin venir!

DOC. Perdón le pido. Absuélvame. Mi pensamiento se abstrajo en honda amargura.

CAR. ¡Yo he derramado muchas lágrimas! ¡Pobre don Ramón!

DOC. ¡Gracias, por él y por mí!

CAR. Y bien: ¿se halla ya más consolado?

DOC. No queda otro remedio.

CAR. ¿La justicia sigue sin averiguar?...

DOC. Como si le hubieran puesto una venda en los ojos.

CAR. Es extraño.

DOC. ¿Y usted? ¿Se ha resignado?

CAR. Dios me ha dado fortaleza. El dolor no mata.

DOC. No crea que la olvido; la veo en mis ensueños obscuros pasar como una imagen dolorida... como una luz llena de tristeza.

CAR. También el recuerdo de usted se cruza en mis pensamientos.

DOC. La desgracia tiene a veces más poder que la fortuna.

CAR. ¿Por qué?

DOC. Porque ha sabido unir dos corazones.

CAR. ¡Y dos almas!

DOC. ¿Prescindamos de rodeos inútiles, de innecesarias fórmulas!

CAR. Prescindamos.

DOC. El tiempo apremia.

CAR. La ocasión pasa.

DOC. ¿Quiere usted que esta unión persevere hasta que pueda convertirse en un vínculo dichoso?

CAR. Ha adivinado mi deseo.

DOC. (Tendiéndole la mano.) ¡Carolina!

CAR. ¡Carvajal!

DOC. ¿Para siempre?

CAR. Para siempre.

DOC. Alguien llega.

CAROL. Será Gabriela. Disimulemos.

ESCENA IX

Dichos. GABRIELA por el foro

GAB. Ya llegó, señorita.

CAROL. Está bien (Vase Gabriela.) Constancia y secreto.

DOC. Adiós. (Vase Carolina por la izquierda.)

ESCENA X

EL DOCTOR CARVAJAL

Adoptaré una actitud indiferente. Es preciso que el duque no advierta la intención que

me ha traído... Debo hacer mi experiencia como el médico que opera sobre el cuerpo de un cadáver. Aquí llega.

ESCENA XI

Dicho. EL DUQUE por el foro

DUQUE Ya sé que vino a honrarme con su visita,

DOC. El honrado soy yo.

DUQUE Recupere su asiento. Prescindamos de cumplidos.

DOC. Muchas gracias. (El duque toma también asiento.)

DUQUE Ante todo le reitero mi pésame.

DOC. Ya recibí su carta.

DUQUE Y yo la suya, que le agradecí en extremo.

DOC. Fatalidades de la vida.

DUQUE Sí; fatalidades... ¿A qué debo el honor?...

DOC. Seré muy breve, porque ya sé las muchas atenciones que pesan sobre usted.

DUQUE Muchas son, pero no tantas que me impidan escucharle.

DOC. Sin más preámbulos, señor duque. En el proceso que se ha incoado en averiguación de los hechos que motivaron la muerte de mi señor padre ocurre una cosa muy extraña... No hay medio de que arroje ninguna luz.

DUQUE Y sin embargo, el juez instructor es un funcionario muy celoso de su deber. Me consta.

DOC. Lo será; pero su conducta me hace sospechar que existen poderosas influencias que coartan sus buenas intenciones. Le he proporcionado una pista. Puse a su disposición a cierto individuo muy sospechoso, y hoy he sabido, con asombro, que no se han hallado méritos en mi denuncia y que el detenido ha sido puesto en libertad.

DUQUE Son atribuciones del juez.

DOC. Puedo afirmarle que en esta ocasión el juez

se equivoca... ¿Por causa propia o por causa ajena? Esta es la cuestión.

DUQUE ¿Y usted se propone averiguar...

DOC. Dónde se halla ese oculto resorte que así desvía el poder de la justicia.

DUQUE ¿Tiene algún indicio que...

DOC. Tengo varios. Comprenda la legitimidad de este interés.

DUQUE Lo encuentro muy natural.

DOC. Yo adoraba en mi padre, tanto por su saber como por la rectitud de su conciencia. Era un hombre de bien. Había sido mi profesor... El mismo se encargó de cultivar mi inteligencia... ¡Pobre padre mío! Lloro: pero no es sólo de pena... son también de fuego estas lágrimas, que abrasarían al autor de mi desdicha si cayeran sobre su conciencia. Dispénseme, señor duque.

DUQUE No sospecha los móviles que...

DOC. Por conjeturas racionales, opino que el matador no obró por inspiración propia. Aquí llegamos precisamente al objeto de mi visita. Deseo saber de usted si, por las relaciones que sostuvo con mi padre, le habló éste alguna vez de odios o rivalidades que...

DUQUE Su señor padre no tenía enemigos.

DOC. Recuérdelo bien... Debe hallarse en altas esferas.

DUQUE No... no tenía enemigos.

DOC. Todos coinciden en la misma opinión. Por ese lado mis pesquisas resultan infructuosas. La causa del delito casi siempre es la misma. Exceso de flúido nervioso... Sangre enferma... Mentalidad perturbada... El crimen es puramente patológico; pero así y todo la sociedad hace bien en defenderse privando de libertad al delincuente, y yo debería, en mi desesperación... Se ha puesto pálido. ¿Qué le pasa, señor duque? ¿Se siente enfermo?

DUQUE Un achaque de mi temperamento. No es nada. Ya me rehice.

DOC. ¿Qué ha sentido?

DUQUE Un ligero desvanecimiento.

DOC. A ver. Déme usted la mano.

DUQUE No se preocupe. Carece de importancia. (Alargándole la mano)

DOC. En estos casos el médico debe substituir al amigo.

DUQUE Muchas gracias.

DOC (Soltando la mano.) Pulsación anormal. Se halla usted muy excitado.

DUQUE ¿Sí, eh?

DOC. (Levantándose.) Cuidado, señor duque, cuidado.

DUQUE ¿Qué debo hacer?

DOC. Gimnasia de tendones y músculos, dejando sosegada por algún tiempo la imaginación. ¿No es usted aficionado a la caza?

DUQUE Sí; pero la política me absorbe.

DOC. Procure, entonces, moderar el trabajo. Es un buen consejo.

DUQUE Lo tomaré.

DOC. Me despido.

DUQUE Esta es su casa. Siento que su visita no le haya dado mejores frutos.

DOC. Vine indagando como juez y me voy recetando como médico.

DUQUE Es verdad. No sea caro de ver.

DOC. Pronto nos veremos, señor duque. Ya nos veremos. (Vase Carvajal por el foro.)

ESCENA XII

EL DUQUE

DUQUE Carvajal penetra mucho. ¡Hubo un momento en que pensé que su mirada escrutadora penetraba hasta el fondo de mi conciencial... (Paseándose.) Claramente me dió a entender que soy un sujeto anormal. (Pausa.)

Noto que resbala mi pensamiento. No puedo fijar bien las ideas. La realidad de las cosas no aparece bien concreta y determinada a mis juicios... Parece como que se borra o desvanece... Anoche me desperté sobresaltado. . Advertí en sueños que unos labios se acercaron a mi oído y pronunciaron estas palabras... «Duque del Rizal,¿qué has hecho de tu esposa?...» Aquélla era su voz, con el mismo acento... con el mismo timbre... La voz de Cristina que vibró intensamente hasta el fondo de mi ser... Oprimí rápidamente el botón eléctrico, se hizo al punto la luz, y nadie había en la cámara... Ni el más ligero ruido... ni la más leve sombra... ¡Pensamientos extraños que comienzan a preocuparme! ¿Cómo resonó tan claramente en mi oído aquella voz misteriosa?... Me estremezco al recordarlo... Se inunda mi frente de sudor frío... Necesito alejar de mi cerebro esas vanas imágenes... A la calle. Este hotel acabará por inspirarme miedo. (Vase por el foro.)

ESCENA XIII

PEPE, por la derecha

PEP. El señor duque se halla muy preocupado estos días. Le oigo hablar solo con mucha frecuencia... Como lleva tantos negocios entre manos, puede que alguno de ellos le haya ido mal. Esa debe ser la causa. ¿Y Gabriela? Ya deseo verla para hacer la prueba de que la lección que me ha dado no ha caído en saco roto. Aquí viene... Hay que aprovechar la ocasión.

ESCENA XIV

Dicho. GABRIELA por el foro

GAB. ¿Salió el amo?
PEP. Hablando solo.
GAB. Y con el semblante descolorido. Debe ocurrirle algo que no debe ser muy agradable.
PEP. Y tanto.
GAB. ¿Tú sabes?
PEP. Lo sé todo.
GAB. ¿De veras?
PEP. En esta casa ocurren cosas muy graves...
GAB. Dime algo.
PEP. Acércate para que nadie nos oiga.
GAB. ¿Qué ocurre? (Acercándose mucho a Pepe.)
PEP. Ocurre que... (Dándole un beso). Toma. (Vase por el foro).
GAB. (Siguiéndole) ¡Ah! traidor! (Vase por el foro.)

CUADRO IX

Telón corto de calle

ESCENA PRIMERA

Aparecen por la izquierda ARAGONÉSES 1.º y 2.º

ARAG. 1 ¿Llevas la cartera *prepará*?
ARAG. 2 Con los billetes *falsificaos*.
ARAG. 1 ¿A quién se la endilgamos?
ARAG. 2 Al primero que veamos *plantao* en la calle.
ARAG. 1 A ver cómo sale este *nigocio*.
ARAG. 2 Ya tenemos *asegurás* las mil pesetas... ¿Las lleva usted bien *asegurás*?
ARAG. 1 Ya lo creo. Ese señor ha *cumplío* su palabra. Nos ha *dao* lo *ofrecío*.
ARAG. 2 Pues ahora, a ganarnos nosotros los cuarenta duros.
ARAG. 1 Es muy justo que los ganemos.
ARAG. 2 Hacia aquí viene uno. Vayámonos nosotros a ver si cuaja. (Vanse por la derecha.)

ESCENA II

PACO, por la derecha

PACO ¿Dónde se habrá metido Perdigón? Se me fué de la vista y no parece... ¿Se habrá metido en algún trabajo de esos que salen inesperados? ¿Eh? ¿Quién viene hacia aquí corriendo? Este gachó debe haber *afanao* alguna cosa.

ESCENA III

Dicho. ARAGONÉS 2.º, por la derecha, llevando en la mano una cartera

PACO (Cogiéndole del brazo.) ¡Alto! ¿Dónde vas?

ARAG. 2 Déjeme usted.

PACO Venga esa cartera... debes haberla robado.

ARAG. 2 ¿Y me la quita?

PACO Como que no es tuya. Tú no eres del oficio.

ARAG. 2 Aquí viene el otro. Hasta *en después*. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

PACO

PACO Tiene trazas de palomino *atontao*. Guardemos la cartera... Vaya un timo a la inversa que se me ha venido a las manos sin saber cómo... Este que viene hacia aquí corriendo debe ser el interfecto. ¡Que venga! Digo yo. ¡Si tengo sangre fría para estas cosas!... Aquí es donde se ponen los hombres de relieve.

ESCENA V

Dicho. ARAGONÉS 1.º, por la derecha

ARAG. 1 Diga usted, caballero: ¿ha visto a uno que iba corriendo?

PACO — No me he *fijao* mayormente. ¿Qué pasa?

ARAG. 1 — Que me ha *quitao* una cartera con diez mil *riales* de la venta de unas reses.

PACO — Lo siento mucho. Aquí en *Madrí* ya se sabe.

ARAG. 1 — ¿Por dónde habrá *tirao*? Voy a ver si otros me dan razón. Dispense *usté*.

PACO — ¡Buena suerte! (Vase Aragonés 1.º por la izquierda.)

ESCENA VI

PACO

PACO — ¡Paco; quinientos duros! ¡Este *Madrí* se va volviendo Jauja... Con la rapidez de los cines!... Ya desapareció el ganadero. ¡Este sí que ha sido un negocio redondo! Habrá que disfrutarlo. Luego que digan que no hay Providencia. ¡La hay!... Más claro que el agua que chorrea en las fuentes. ¡Y vaya un chorro!... ¡Canela!

ESCENA VII

Dicho. ARAGONÉS 2.º

ARAG. 2 — Venga la cartera.

PACO — ¿Qué cartera?

ARAG. 2 — Se hace el *desentendío*. ¿A qué le abro la cabeza de un garrotazo?

PACO — ¿Eres tú aragonés?

ARAG. 2 — De los más tercos. ¡La cartera! ¿Hay *drento* más de ochenta duros?

PACO — Partamos.

ARAG. 2 — ¿Qué es eso de partamos?

PACO — Que te doy la mitad y asunto concluído.

ARAG. 2 — (Alargando lo mano.) Trato hecho... Cuarenta duros.

PACO — (Sacando del bolsillo dos billetes.) Toma.

ARAG. 2 — ¿Son buenos?

PACO — Legítimos.

ARAG. 2 Hasta otra. Yendo *pa* Zaragoza, pregunte *usté* por mí en cualquier pueblo.

PACO ¡Buen viaje! (Vase Aragonés 2.° por la izquierda.)

ESCENA VIII

PACO, solo

PACO ¡Esto es hecho! Si es listo ese muchacho me saca cien duros como una miel... *Pa* estas cosas no hay como *Madrí*. Aquí está la flor y nata... ¡Quinientos duros! Voy a saborearlos con el rabo del ojo. (Saca la cartera.) ¡Digo!... ¡Si abulta la cartera!... ¡Nadie me ve!... Llena está de billetes. ¿A ver? ¡Olé ya! ¿Qué es esto? ¡Anuncios del Anís del Mono! (Queda un gran espacio como alelado.) ¡Vaya un mico de primera! Aquí viene Perdigón. Disimulemos. Que no se entere nadie de mi decadencia física.

ESCENA IX

Dichos. PERDIGON por la izquierda

PER. Paco: ¿Qué hace *usté* ahí tan *petrificao?*

PACO Me he *quedao marmóreo* viendo pasar a una muchacha.

PER. Vamos, que ya es hora. La Nicolasa, con la Rosario y la Filomena, estarán impacientes... Habrá juerga y alegría. Corre todo por mi cuenta. Quiero celebrar mi libertad con todas las de la ley en esta clase de espectáculos.

PACO ¿Cuánto tiempo te han tenido a la sombra?

PER. Ni dos días. Eso es tener *agallas, dignidaz, cutis* y vergüenza... El día de hoy se ha de escribir con letras de papel *dorao*.

PACO ¡Cuarenta duros!

PER. Ni quince.

PACO ¡Qué sabes tú!

PER. Creí que se trataba del gasto. Dispense usted.
PACO No era eso.
PER. A la juerga, Paco.
PACO A la juerga. (Vanse por la izquierda.)

MUTACION

CUADRO X

En el interior pintoresco de un merendero. A la izquierda, un aparador con licores. En el foro, un jardincillo. Salidas en los ángulos del foro. El campo a todo fondo. Salida del edificio a la izquierda.

ESCENA PRIMERA

En torno de una mesa, y como al término de una comida, aparecen PACO, PERDIGON y RATA 1.º, teniendo cada uno de ellos, formando pareja, por orden respectivo, a NICOLASA. FILOMENA y ROSARIO.

RAT. 1 (Ofreciendo a Nicolasa una copa de licor.) Toma, Nicolasa: la última.
NIC. Dispensa, Andrés. Ya estoy *mareá* con tanto licor.
PACO (A Filomena, ofreciéndole otra copa.) ¡Vaya ésta por mí.
FIL. ¡Venga!
ROS. Voy a brindar.
RAT. 1 ¡Olé!
PACO ¡Viva tu *mare!*
NIC. ¡Venga de ahí!
FIL. ¡Esa eres tú, Rosario!
ROS. Brindo por usía... por su noble compañía... y ya no sé más. (Bebe.)
TODOS. (Aplaudiendo.) ¡Bravo! ¡Bravo!
RAT. 1 De chipén.
PER. Ni el *Machaquito.*
ROS. Brinda tú, Nicolasa.

NIC. Dejémoslo para cuando se celebre la *corría* de Beneficencia.

RAT. 1 (Levantando la copa.) Respetable público.

FIL. Que no nos insultes, *Cúchares*.

PACO ¿Vas a echar un discurso?

NIC. ¡Que hable!

RAT. 1 Digo que una juerga es lo mejor de lo mejor... Y con estas hembras que Dios nos ha *deparao*, la gloria elevada al cúbico.

PACO ¡Chócala! Con otro discurso como ese, cefalalgia segura.

ROS. Ha *sonao* la flauta por *casualidá*.

RAT. 1 No me quites el mérito, Rosario... Y *pa* que te convenzas, allá va un verso.

Si la flauta ha *sonao*,
es porque yo la he *tocao*.

TODOS. (Aplaudiendo.) ¡Requetebién!

PER. Eso no es un verso. Eso es un par de banderillas.

FIL. ¡Ya era hora de que hablases, hombre! Estabas ahí más *aislao* que una seta.

PACO Habla, Perdigón. Dinos la causa de ese mutis.

ROS. ¡Sí, sí! Que hable.

RAT. 1 (Ofreciendo una copa a Perdigón.) ¡Bebe! Los malos tragos, pasarlos pronto.

PER. (Bebiendo.) A vuestra *salú*.

PACO Desembucha.

PER. No tengo *ná*.

RAT. 1 Pero ¿estás *apuntao*, o no estás *apuntao*?

PER. Ya sabéis que a mí el vino me da por ponerme féretro.

PACO No se dice féretro, hombre. Se dice fétido.

PER. Bueno, fétido; como sea. Yo no soy académico de la legua.

FIL. Vamos a bailar.

RAT. 1 Eso es. Vamos a entregarnos en brazos de Amor feo, como dicen los señores de la alta aristocracia.

ROS. (Acercándose al ángulo derecha.) ¡Tú! Dale al manubrio.

PACO Yo no bailo tan súbito, después de una comida fuerte. Bailad vosotros. (Dentro suena el piano de manubrio. Rosario y Rata 1 º bailan.)

PER. Yo tampoco bailo.

NIC. (A Filomena.) Bueno, pues bailaremos nosotras. (Bailan Filomena y Nicolasa.)

FIL. ¡Al pabellón! ¡Vamos al pabellón!

RAT. 1 ¡Vamos allá! (Sin dejar de bailar hacen mutis por el ángulo del foro derecha.)

ESCENA II

PACO y PERDIGÓN

PER. Ahora que estamos solos, Paco.

PACO ¿Qué ocurre? Algo tienes tú podrido en el cuerpo.

PER. No he querido decir nada *pa* que tuviésemos buena comida.

PACO Y ahora quieres que reviente. Di *tóo* lo que *haiga*.

PER. El Negrete va a venir.

PACO Que venga.

PER. Pero es que trae malas pulgas.

PACO Que se rasque. ¡A mí con esas!

PER. Me está poniendo en un compromiso muy serio.

PACO ¿Qué quiere ese *perdío*?

PER. Otros cincuenta duros.

PACO ¿A más de los cincuenta que le dimos hace cuatro semanas?

PER. Cabalmente.

PACO Vaya, hombre; mándale a paseo.

PER. Es que no puedo mandarle a paseo, Paco. Hay que conocer al Negrete... Hay que conocerle. Tiene peores entrañas que Caín... Ayer me dijo: Ya sé que vais de juerga mañana... Si antes no me entregas los cincuenta duros, mañana bailaremos *tóos*.

PACO ¿Eso dijo?

PER. Y es capaz de hacerlo.

PACO ¿Sabe el Negrete que yo estoy en la juerga?

PER. Lo sabe.

PACO Pues ni él ni el más guapo se declara beligerante donde está Paco Carreño. Aguarda aquí, y no digas a nadie una palabra.

PER. ¿Dónde va usted, Paco?

PACO Al merendero del Macabro. Me he *venío* sin ninguna herramienta... y hay que prevenirse, porque tengo el alma podrida de oirte hablar del Negrete.

PER. Mire usté lo que hace.

PACO Primero me sacan la sangre del cuerpo que le doy a ese pillastre una peseta más.

PER. Como él mató a don Ramón...

PACO A callar, Perdigón, y haz lo que te digo. (Vase por el ángulo izquierda.)

ESCENA III

PERDIGÓN

PER. Este Paco tiene un fulminante imposible. ¿Y cómo me callo? ¿Cómo le digo al otro que *ná* de los cincuenta duros?... ¡Vaya un dilema!

ESCENA IV

Dicho. FILOMENA y NICOLASA

FIL. ¡Pan con pan, comida de tontos!

NIC. ¿Y Paco?

PER. Ahora mismo vuelve. Ha ido al merendero del Macabro.

NIC. Pues está lejitos.

PER. Más lejos está la Puerta de Alcalá, mujer.

NIC. Y el teatro Real está más lejos todavía; ¡mira qué guasa!

FIL. (A Perdigón.) Vamos a bailar.

PER. Luego; cuando vuelva Paco. Déjame hacer la indigestión.

FIL. (Tomando asiento.) Tomémoslo con calma... contaremos cuentos... o nos tiraremos chinitas.

ESCENA V

Dichos. EL NEGRETE por el ángulo izquierda
A poco UN CAMARERO

NEG. Buenas tardes.
PER. Ya está ahí.
NIC. ¿Tú por acá, Negrete?
FIL. ¿Dónde has estao?
NEG. En presidio. (Sentándose en una silla que habrá contigua al aparador y tocando las palmas.) Una copa.
MOZ. ¿De qué ha de ser?
NEG. ¡De aguarrás! ¿Tienes aguarrás?
MOZ. Bueno: ¿Aguardiente seco?
NEG. Del más seco que *haiga: arrimao* al petróleo. (Vase el mozo por donde vino.)
FIL. (A Nicolasa.) Hay que dejarle.
NIC. (A Filomena.) Y tanto.
PER. (Acercándose a Negrete.) Buenas, Negrete.
NEG. (Sin cambiar de postura ni mirar a Perdigón.) Los cincuenta duros, Perdigón; los cincuenta duros.
PER. Baja la voz; no vayan a enterarse aquéllas.
NEG. Ya te dije que vendría... Y vengo dispuesto a *tóo*.
PER. (Sentándose.) Diplomacia, Negrete; hay que tener diplomacia.
NEG. ¡Los cincuenta duros!
PER. Ya tienes recibidas más de mil pesetas. ¿Me has *tomao* por la fábrica de hacer *monea?* Ten una miaja de consideración. No te desdibujes, hombre, no te desdibujes.
NEG. Dime el nombre de la persona que te encargó aquel negocio... Debe ser algún conde o marqués... Dímelo, que yo le sacaré los cuartos. Aquel negocio salió muy lim-

pio y vale más. Vosotros, en juergas continuamente, y yo *apolillao* de miseria. Eso no es justo, Perdigón... y mírala: por esta cruz que esto se acaba esta tarde.

PER. ¿Pero atiendes o no a razones? Calma, hombre; no tengas tanto ácido sulfúrico.

NEG. ¡Cincuenta duros!

FIL. (Acercándose al grupo) ¿Qué misterios son esos? ¿Se *pué* saber?

PER. Ningún misterio. (Aparte a Negrete). Ya hablaremos, Negrete.

NEG. (Llamando). Otra copa. (Sale el Mozo, le sirve la copa y vase).

ESCENA VI

Dichos, ROSARIO y RATA 1.º

ROS. ¿Se acabó el baile? ¡Vaya una fiesta! Ni que la hubiesen hecho a retazos!

FIL. Ahora íbamos nosotros.

RAT. 1 Ola, Negrete.

NEG. Aquí estamos.

RAT. 1 Bien venido.

NEG. Gracias.

RAT. 1 Yo pago.

NEG. No hay de qué. Ya está *pagao*.

RAT. 1 ¿Y Paco?

PER. Ahora vuelve.

DUQ. (Dentro y con acento marcadamente andaluz.) ¡Claveles blancos! ¡Claveles rojos!

FIL. Flora la gitana.

RAT. 1 No podía faltar.

ESCENA VII

Dichos y la DUQUESA, con traje típico de gitana, llevando una cesta con claveles rojos y blancos

DUQ. Salud y la bendición del Papa.

ROS. Faltaba el perejil.

DUQ. Y que no hay salsa buena sin perejil; ya puedes decirlo.

FIL. ¿Vendes muchas flores?

DUQ. *Naíca.* Hoy se vende *tóo pa* no ganar *na*... (A Filomena.) Quédate este par... Si te las pones donde yo te diga, verás como te caen.

FIL. ¿Dónde?

RAT. 1 Pónselos, toma. (Le da una moneda de cobre.) Pero que sean rojos.

DUQ. Que Dios te lo pague, *resalao.* Aquí, en el *peinao.* Ladeándolos así, chorrean de gracia. Que Dios me quite la vida si no es *verdá.* Hacen dos rehiletes de fuego.

FIL. ¿Es *verdá*, Rosario?

ROS. ¡Preciosos! Esta Flora tiene una mano que es un encanto.

RAT. 1 Ni una *divette.*

DUQ. Así que te he puesto los dos claveles se *ta encendío* la cara. ¡Cualquiera se resiste ahora a darte un beso!

PER. Anda, Rosario. (Dándole una moneda a la Duquesa.)

ROS. ¿Van a ser blancos o rojos?

DUQ. Por Dios, hija: ¿Dónde vas con claveles blancos? Cada persona ha de tener lo suyo.

ROS. ¿Dónde me los prendes?

DUQ. (Prendiéndole los claveles en el pecho.) Aquí: a la *entrá* del Paraíso, *prendíos* con alfileres para que hagan de centinela con bayoneta *calá.*

RAT. 1 ¡Bien dicho!

ROS. ¡Requetebién!

FIL. ¿Dónde has *aprendío* estas cosas?

DUQ. En la escuela de *tóos*; en la calle... Estas son flores de arroyo.

PER. (Ofreciendo el brazo a Rosario.) Vamos a bailar.

FIL. (Dando el brazo a Rata 1.) Vamos, Andrés.

DUV. (Deteniéndoles.) Dos palabras.

RAT. 1 Vengan.

DUQ. *Pa* vosotros va. *Cuidao* con estropearles a estas niñas los claveles.

ROS., FIL. ¡Ja, ja, ja!
PER. ¡Vaya una salida!
RAT. 1 De pistón. (Vanse por el ángulo izquierda Rosasario, Filomena, Perdigón y Rata 1.)

ESCENA VIII

DUQUESA, NICOLASA y NEGRETE

DUQ. (Acercándose a Nicolasa.) ¿Y tú, prenda? ¿No *quiés* claveles? Mira este par. Más blancos que la nieve *bajuita* del cielo.
NIC. No, Flora; no quiero claveles blancos. A mí me gustan rojos también, y ya no llevas ninguno en la cesta.
DUQ. ¡Bendita de Dios! A ti el rojo no te cuadra. El *encarnao pa* ti, en los labios.
NIC. Sobre gustos no hay nada escrito. A mí los claveles blancos me dan aprensión.
DUQ. Ponle a tu cara, cerca de las sienes, este par de claveles, y me río yo de todas las vírgenes con capilla propia. Anda, hija. Mira que *tóo* lo blanco es pureza.
NIC. ¡A mí con blancuras!... A buena hora mangas verdes.
DUQ. He *tropezao* con tu mal humor... Tila *pa* los nervios, hija.
NIC. No, Flora, no; es que no me gustan los claveles blancos. Si los hubieras *tenio encarnaos*, me los hubiera *quedao* sin ningún cumplido.
DUQ. ¡Bendito color!... Habrá que pasarlos por la pila de una iglesia... ¡Tómalos, mujer!
NIC. No me fastidies, Flora; déjame.
DUQ. ¡Ay, qué genio! ¡Mala *puñalá* te den, hija!
NIC. Amén.
DUQ. (Allí veo al Negrete.) (Acercándosele.) (Esta es la ocasión.) ¿Me convidas a una copa?
NEG. Tómala.
DUQ. (Llamando.) Una copa del *anisao*. (Sentándose junto al Negrete. Sale el camarero y le sirve la copa que pidió la Duquesa.)

NIC. (Levantándose.) Flora tiene razón. Este Paco me ha puesto nerviosa. (Vase por el ángulo, a la izquierda.)

ESCENA IX

DUQUESA y NEGRETE

DUQ. (Bebiendo.) ¡Muy rico! ¿También estás tú de mal humor, Negrete?

NEG. ¿Qué ha dicho esa?

DUQ. Que no quiere claveles blancos; que los quiere rojos.

NEG. ¿Como la sangre viva?

DUQ. Acabadita de salir de las venas... ¡y cómo espumea cuando sale! ¿verdad, Negrete?... A ti te pasa algo: haces cara de cementerio viejo.

NEG. Déjame en paz.

DUQ. Te estás comiendo las entrañas por dentro.

NEG. ¿Tú qué sabes?

DUQ. Nadie nos oye... Hace poco más de dos meses tú hiciste una...

NEG. (Cogiéndola bruscamente del brazo.) ¡Calla!

DUQ. (Desasiéndose de un tirón, como si aquella mano le hubiese quemado la carne y olvidando la gitana para recordar a la Duquesa.) ¡Suelta! (Pausa.) Como otra vez me agarres del brazo en esa forma...—yo tengo también mi cuchillo...—te parto el corazón, Negrete.

NEG. Ya sé que eres mujer capaz de hacerlo. Dispensa. ¿Quién te ha revelado ese secreto?

DUQ. Aquí lo tengo en el pecho guardao. Tú mataste al doctor Carvajal, y no es eso lo malo; lo malo es que unos se comen la carne...

NEG. Y otros roen los huesos. Oye, Flora: has puesto el *deo* en la llaga. Puesto que lo sabes *tóo*... ¿no podrías decirme por cuenta de quién hicimos aquella muerte.

DUQ. Me das lástima, y voy a decírtelo. ¿Cuánto te dieron a ti?

NEG. Cincuenta duros.

DUQ. ¡Vamos!... Hay para coger el cielo con las manos. (Llamando.) Otras dos copas de aguardiente. Ahora convido yo.

MOZ. ¿Las dos de *anisao*?

DUQ. ¿Tú la tomas del seco?

NEG. Sí.

DUQ. Pues las dos del seco.

NEG. Me has *interesao*. Habla, que estoy en brasas...

DUQ. Calla; que nos sirvan las copas. Luego hablaremos.

NEG. Dispensa si te agarré de mala manera. Yo soy más bruto que una bestia.

DUQ. Ya estás dispensao. No me hiciste ningún daño.

MOZ. Las copas. (Con servicio que trae y deja sobre la mesa.)

NEG. Sírvelas y vete.

DUQ. (A Negrete.) Toma: bebe.

NEG. Bebamos.

DUQ. El caso es que de aquel negocio se sacaron...

NEG. ¿Cuánto... cuánto?

DUQ. Más de dos mil duros.

NEG. ¡Mal rayo me parta! (Levantando el brazo como para dar un puñetazo sobre la mesa.

DUQ. (Deteniéndole.) No, hombre; que vas a estropearlo *tóo*. Calma.

NEG. Y ¿quién es?... ¿quién es?... Nada me ocultes, Flora.

DUQ. Uno que chulea mucho; que tiene a su hembra con grandes mantones de Manila.

NEG. ¿El Perdigón?

DUQ. Ese no.

NEG. ¿Quién entonces?

DUQ. Guarda el secreto.

NEG. Por ésta. (Indicando la cruz que hace con los dedos de la mano.)

DUQ. Paco.

NEG ¿Paco Carreño?

DUQ. El mismo.

NEG. Me quitas la venda de los ojos. Más claro que la luz del día.

DUQ. Ten *cuidao* con él; mira que es muy hombre.

NEG. Para mí no hay hombres.

DUQ. La verdad, Negrete; me gusta que tengas esa enjundia.

NEG. ¡Dos mil duros! ¡Habrá sangre!

DUQ. ¿No te has *fijao* en el mantón que lleva la Nicolasa?

NEG. Vaya si me he *fijao*.

DUQ. Dice que no quiere claveles blancos.

NEG. Los quiere de seda y *encarnaos*.

DUQ. A tu costa; como las flores del mantón.

NEG. Sí; a mi costa.

DUQ. Tú puedes complacerla.

NEG. ¿Cómo?

DUQ. Yo me voy. Toma dos claveles blancos. Ella los quiere del color de la sangre. Allí viene Paco.

NEG. Tráelos; te comprendo. Tendrá claveles rojos. Adiós, y muchas gracias.

ESCENA X

Dichos. PACO, por el ángulo izquierdo

DUQ. (Llegándose á Paco.) Allí tienes al Negrete.

PACO Vete, Flora.

DUQ. (Vase por el foro izquierda diciendo:) ¡Claveles blancos! ¡Claveles blancos!

ESCENA XI

PACO, NEGRETE

PACO (Aproximándose al Negrete.) En confianza, Negrete.

NEG. ¿Qué hay?

PACO El Perdigón me ha dicho que te hallas en

un apuro... Toma. (Le entrega un billete de cien pesetas.) Desde hoy te entenderás conmigo. Con Paco Carreño.

NEG. ¿Qué me das aquí?

PACO Un billete de veinte duros.

NEG. (Rompiendo el billete en muchos pedazos que arroja al suelo.) Mira el caso que hago yo de tus billetes.

PACO ¿Eso has hecho?

NEG. Yo hago eso y *tóo* lo que haga falta.

PACO (Conteniéndose.) ¿Quieres ver a un hombre con coraje y sangre fría?... ¡Aquí hay uno!

NEG. ¡*Pa* mí que nieva! (Tono de guasa.)

PACO Pues con esta tranquilidad soy capaz de comerme tus hígados.

NEG. ¡Chi-na-na! (Con tono fisgón.)

PACO ¿Te sientes con reaños para reñir conmigo, cara a cara y cuchillo en mano?

NEG. Con más reaños que tú cien veces. Tranquilidad, la mía... Valiente, yo; que mato a un hombre por una miseria. Tú sólo sirves para regalarle a tu Nicolasa mantones de Manila con claveles *bordaos*...

PACO ¡Vamos a ver cuando acabas!...

NEG. Ahora mismo. Mira este par de claveles. Tu querida no los quiere porque son blancos; dice que los quiere rojos, y hay que darla gusto... Los voy a teñir de *encarnao* con tu sangre. ¡Ese sí que va a ser mantón de Manila.

PACO Aquí cerca hay unas tapias. Detrás de esas tapias...

NEG. Ya te sigo. (Vanse. Dentro se oye la voz de la Duquesa que dice:)

DUQ. ¡Claveles blancos! ¡Claveles blancos! (Fuéronse por el foro derecha.)

ESCENA XII

Salen por la izquierda, bailando al compás del piano de manubrio, PERDIGÓN con FILOMENA, RATA 1.º con ROSARIO, y dos parejas más. Transcurrido algún tiempo, cesa la música y termina el baile.

PER. (¿Y el Negrete? ¿Dónde se habrá ido? Me tiene preocupao.)

FIL. Vamos; no sé como hay personas que no bailan.

ROS. Porque no tienen gusto.

RAT. 1 Hasta hay catedrático que dice que el baile es inmoral.

PER. Porque no lo prueba. Dale a ese catedrático una hembra... lo que se llama ¡una hembra! agárralo a su cintura... y si al compás de la música no se queda *pegao* como la *hidra* me dejo cortar... cualquier cosa.

FIL. Que me lo echen a mí.

ROS. O a mí.

RAT. Pero ¿y la Nicolasa?

PER. Allá adentro se habrá *quedao*.

ROS. (A Rata 1.º) Ve tu a sacarla de esa *soleá*.

RAT. 1 Voy a escape. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIII

Los mismos menos Rata 1.º

FIL. No sabe hacer *ná* sin su Paco.

ROS. Lo tiene metido en las niñas de los ojos.

FIL. No hay para tanto. La mujer debe tener amor propio.

PER. Claro que sí.

FIL. A un hombre se le puede querer; pero hasta cierto punto.

ROS. Hasta el punto de la *dignidaz*.

FIL. Eso es. Se debe tener *dignidaz*.

ESCENA XIV

Dichos, RATA 1.º por la derecha

RAT. 1 Allá no hay nadie.

PER. Apuesto cualquier cosa a que la Nicolasa se ha ido en busca de Paco al merendero del Macabro.

FIL. ¡Que lo rifen!

ROS. Ni a sol ni a sombra.

RAT. 1 Está *chiflá* con su Paco.

FIL. Los amantes de Teruel.

PER. Ahí viene la Nicolasa.

ESCENA XV

Dichos. NICOLASA por la derecha

NIC. ¡Cómo! ¿No ha venido Paco?

PER. ¿Dónde has ido?

NIC. Donde tú me dijiste. Allí estuvo; pero se salió en seguida para venirse. Por cierto que el Macabro no supo explicarse... «Que si, que no...» Total, que Paco no parece.

FIL. Ya parecerá.

ROS. No te apures, mujer.

NIC. No me apuro, Rosario; pero hay cosas que salen de la regla... Y esto se sale de la regla.

RAT. 1 No vayas a disgustarle cuando venga.

NIC. Hemos *venío* a las Ventas para pasar el día de juerga todos juntos, y cuando llega la hora crítica me deja *plantá* viendo como bailáis vosotras. Esto no es natural.

PER. Estará *ocupao* en algún quehacer menesteroso.

NIC. Pues que esté *ocupao* hasta la noche, y día completo... ¡Estaba por declararme en huelgal...

ROS. ¿Lágrimas y *tóo*?

NIC. De coraje: no vayáis a creer que a mí se

me ablanda el corazón por tan poca cosa... Eso de dejarme *plantá* en la sazón del baile, me ha puesto nerviosa... y como tarde mucho... ¡vamos! Como tarde mucho... cojo el tranvía y me devuelvo a Madrí. A los hombres hay que castigarles de súbito, cuando es menester... No, no; conmigo pocas bromas. No sé como tienes esa sangre fría, Perdigón, que no vas en su busca.

PER. Ya está aquí.

NIC. Ese es el Negrete.

ESCENA XVI

Dichos. NEGRETE por el foro derecha

RAT 1. ¡Qué cara traes!...

NEG. La que Dios me ha *dao.* (A la Nicolasa, arrojando a sus pies los claveles ensangrentados que trae.) Toma: ahí tienes claveles rojos.

NIC. (Cogiendo los claveles.) ¿Qué es esto? ¿Están manchados de sangre?

PER. ¡De sangre! ¿Qué has hecho, Negrete?

NIC. ¡Virgen María! ¡Qué sospecha tan horrible!... ¡Paco!... ¿Donde está mi Paco?

NEG. Pues, la verdad. Hemos *reñío* y le he *matao*... cara a cara. Mejor que al otro. (Cuadro de consternación.)

FIL. ¡Jesús!

ROS. ¡Santísimo Dios!

NIC. ¿Que le has *matao*?

NEG. Esa es su sangre. Allá quedó, detrás de unas tapias.

NIC. (Corriendo desesperada, desaparece por la izquierda.) ¡Paco! ¡Paco!

PER. ¡Corramos todos!

NEG. ¡Alto allá, Perdigón! Tu aquí, conmigo.

FIL. ¡Socorro!

ROS. ¡A la guardia!

PER. ¿Qué quieres?

NEG. (Alargándole la mano sin mirarle.) Los cincuenta duros. Ya ves lo que han traído los cincuenta duros.

ESCENA XVII

Dichos, dos parejas y UN CABO de la guardia civil por la izquierda

CAB. Alto a la guardia civil.
NEG. Yo le he *matao*.
CAB. ¿Eres tú el Negrete?
NEG. El mismo. Pero éste también viene conmigo a la cárcel.
PER. ¡Calla!
NEG. (Levantando la voz). Digo que viene conmigo. Y *pa* que no lo duden los guardias... Este hombre me pagó una muerte. La del doctor Carvajal.
PER. ¡Mentira!
CAB. Todos con nosotros. Al punto.
NEG. Voy a la cárcel más orgulloso que un rey al patíbulo. Por delante, Perdigón por delante. (Vanse todos por la izquierda convenientemente escoltados por los guardias.)

ESCENA XVIII

Aparece LA DUQUESA por el foro izquierda

DUQ. Uno a la sepultura... Los otros dos a presidio. ¿Qué veo? (Recogiendo los dos claveles.) ¡Los dos claveles blancos teñidos de sangre!... ¡Claveles rojos!... ¡Claveles rojos! (Vase por la derecha.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

CUADRO XI

La sala de clínica del Doctor Carvajal. La decoración del cuadro VII

ESCENA PRIMERA

DOCTOR CARVAJAL sentado junto a la mesa escritorio

Doc. ¡El drama de las Ventas!... He aquí la preocupación de todo Madrid... Los periódicos emplean columnas enteras relatando los hechos... El proceso, que ya pareció olvidado, resurge con poderoso aliento. La curiosidad de las gentes se halla en plena crisis... Me acosa una nube de reporters... No puedo salir de casa... He aquí el gran rodaje en movimiento. ¿Por amor a la justicia? ¿Por el bien común? Esto es lo que menos importa... Se agitan todos conforme al interés de cada cual... Así resulta el conjunto tan abigarrado y heterogéneo... ¿Qué es un pueblo? Una máquina como el hombre, pero más compleja. Por el cuerpo social circula la sangre más o menos vigorosa o empobrecida y corrientes de flúido nervioso, como por el cuerpo de los organismos. Así se explica que haya socie-

dades enfermas... Por cuantos senderos dirigimos la observación, siempre llegamos a esta verdad axiomática. «El todo es de la naturaleza de la parte.»

ESCENA II

Dicho. CRIADO por el foro

CRI. Señor... Los dos aragoneses piden permiso para verle. Dicen que vienen a despedirse.

DOC. No los detengas. (Vase Criado foro.)

ESCENA III

DOCTOR CARVAJAL

DOC. ¡Estos son los héroes del día! Ya los conoce todo Madrid... Ellos son los que arrojaron al fuego de este incendio la primera chispa.

ESCENA IV

Dicho. ARAGONESES 1.º y 2.º foro

ARAG. 1 ¿Se puede pasar, don Luis?

ARAG. 2 Semos nosotros.

DOC. Adelante, adelante. Tomen asiento.

ARAG. 1 ¡Que *himos* de tomar asiento!

ARAG. 2 Bien estamos de pie.

DOC. Como quieran. ¿Cuándo es la marcha?

ARAG. 2 Hoy *mesmo*.

ARAG. 1 Venimos a despedirnos de usted, porque hombre *agradecío* yale por dos.

DOC. ¿Se van satisfechos?

ARAG. 2 Sí, señor.

ARAG. 1 Y con las mil pesetas *asegurás*.

DOC. ¿Las han colocado en algún Banco?

ARAG. 2 Cualquier día. Las lleva mi padre *amarrás* a la cintura.

DOC. Mejor es así. ¿Declararon de nuevo ante el juez?

ARAG. 1 Sí, señor; y nos preguntó unas cosas muy raras. Empeñao en que nosotros habíamos de saber algo de una tal Flora la gitana.

ARAG. 2 Parece que la buscan por todas partes y no la encuentran en ninguna.

DOC. Esa gitana Flora tomó una parte muy activa en el drama de las Ventas.

ARAG. 1 ¿Y una gitana arma tanto ruido?

ARAG. 2 ¡Pues no hay pocas en Ricla!

DOC. También ustedes han despertado la curiosidad de las gentes.

ARAG. 1 Ya estamos hartos de tantos preguntones.

ARAG. 2 Ayer tarde nos convidaron unos señores a tomar lo que quisiéramos.

ARAG. 1 Yo tomé unos sellos del estanco.

ARAG. 2 Sólo falta que nos paguen la *posá*.

ARAG. 1 Nos plantaron en medio de la calle, y con una caja negra que tenía un ojo de vidrio, dijeron que nos habían *retratao*.

DOC. De seguro que han salido ya en los periódicos de la mañana.

ARAG. 1 ¿Y eso es bueno?

DOC. Son costumbres de los tiempos.

ARAG. 2 A ver si nos ponen al *lao* de Perdigón.

DOC. No se inquieten por eso. Moralmente ya se hace la debida separación.

ARAG. 1 Asunto *terminao*. Con su permiso nos vamos.

DOC. Vayan con Dios.

ARAG. 1 Muchas gracias por *tóo*.

DOC. No hay que darlas.

ARAG. 2 Que sea enhorabuena por lo del crímen.

DOC. ¡Buen viaje! ¡Buen viaje! (Vanse los Aragoneses 1.º y 2.º por el foro.)

ESCENA V

DOCTOR CARVAJAL

DOC. ¡Pobres gentes! ¡No saben más! Hay suspicacia y agudeza en sus cerebros... Ahí está todo el andamiaje del entendimiento, pero

la obra no se ha realizado... Tan fácil es conducirles por el camino del mal como por la senda del bien. En tales sujetos decide el Accidente. Cuando se cierran las puertas de la escuela quedan abiertas de par en par las del presidio. Es una vergüenza para todos los intelectuales españoles tener a los hombres en tal estado de ignorancia.

ESCENA VI

Dichos. CRIADO por el foro

CRI. La señora que...

DOC. ¡Oh! ¡La duquesa! Dale entrada. No estoy para nadie más, sea quien fuere. Ya lo sabes. (Vase Criado por el foro)

ESCENA VII

EL DOCTOR CARVAJAL

DOC. Presumía que vendría a verme; pero no tan pronto.

ESCENA VIII

Dicho. LA DUQUESA por el foro, en la misma forma con que hizo su primer visita. Levantándose el velo

DUQ. Aquí estoy, Carvajal.

DOC. Con toda confianza. Nadie vendrá a interrumpirnos. Tome asiento.

DUQ. Ya sé que fué a ver al duque, y que habló con Carolina.

DOC. Sí.

DUQ. ¿Se convenció de que mi hija?...

DOC. Sí, señora. Ya nos une un vínculo de amor.

DUQ. ¿Y el duque?

DOC. Es un degenerado. Un enfermo. Se descompuso cuando le hablé de la muerte de

mi padre... Casi me dió la certeza de su complicidad en el crimen...

DUQ. ¿Ha leído usted?...

DOC. Sí; todo lo ocurrido en las Ventas. La obra de Flora la gitana. ¿Aquel Paco Parreño?

DUQ. Fué un intermediario... El corretaje le ha costado la vida.

DOC. ¿Pero cómo ha sabido usted?...

DUQ. Por mi amigo Perdigón, que es un indiscreto cuando se emborracha. Por él supe también que el Negrete fué el asesino material.

DOC. Ese es el menos culpable.

DUQ. Caigan todos... al golpe de mi justicia.

DOC. Me estremece usted, señora. ¿Es venganza o justicia la obra que ha realizado?... Esto es lo que no me atrevo a definir.

DUQ. Justicia o venganza... ¿Qué importa? ¿No siente, como yo, una satisfacción intensa y profunda?

DOC. No, duquesa, por el contrario: compadezco a esos desdichados.

DUQ. ¿Cómo?

DOC. Me explicaré... La comisión de un delito supone siempre una perturbación moral, no sólo en el individuo, pero también en las funciones sociales. Se trata de un miembro mal constituído por defectos de organización, ya fisiológica, ya espiritual, o de ambas cosas a la vez. Allí hay una proyección de los vicios sociales. Una hermosa ocasión para hacer justicia. ¿Y qué hace la Sociedad?... En vez de relacionarse con el delincuente compartiendo la responsabilidad de aquel hecho punible, mandándole al médico o al maestro, le pone en manos del verdugo o del capataz de presidio. La lógica es ésta: Matarle o acabarle de embrutecer. Dígame ahora si no se comete una gran injusticia con esos desventurados, y si son o no dignos de piedad.

DUQ. ¿Así se expresa el hijo del padre asesinado?

DOC. Así se expresa un espíritu que no se deja engañar por las sugestiones del corazón. Este soy yo, señora... No creo en la responsabilidad moral del crimen. Lo atribuyo a las imposiciones de los sentidos... A la ignorancia del entendimiento... A la falta de educación y de gimnasia de la voluntad... A usted la admiro y hasta le agradezco el interés que ha demostrado... Pero a ellos les compadezco.

DUQ. ¿Pero cómo ha podido usted emanciparse del sentimiento del odio que debieron inspirarle los asesinos?

DOC. Haciendo que el espíritu se despoje de la caliente túnica que le une a la carne y a los huesos por medio de los nervios y la sangre... Esta es una función superior del hombre nuevo que sabe luchar consigo mismo. Esta es la verdadera libertad.

DUQ. Me sorprenden esas ideas. Me aturde esa serenidad. Yo no soy así... Yo odio con todas mis potencias y sentidos... Usted ha matado las pasiones de su corazón... Usted no es un ser humano...

DOC. ¿Por qué? ¿Porque hago que flote mi conciencia sobre los yerros de la Naturaleza?

DUQ. ¿Usted dejaría libre al asesino?

DOC. No, por cierto. La irresponsabilidad no debe confundirse con la impunidad... Bien está el león acorralado en el bosque... Bien está el rayo sujeto a la aguja imantada. Bien se halla el loco en el manicomio y el enfermo en el hospital.

DUQ. Ese lenguaje es nuevo para mí. Yo odio con todo mi corazón a los que me hacen daño. Dígame el sabio doctor: ¿Conoce algún remedio para curar el odio?

DOC. Es que el odio es inseparable de la Naturaleza humana. Más todavía, señora. El odio es preciso como motor de la vida en

muchas ocasiones. Realiza una misión... Puede, empero, mitigársele.

DUQ. Yo amo a un hombre y le odio a la vez. ¿Cómo explica usted eso?

DOC. Son afectos correlativos. Gira el amor y es odio. Gira el odio y es amor... Puras inversiones de un mismo sentimiento.

DUQ. Deseo asegurarme... Y esta idea llena todo mi ser... Es una sed de venganza que quita el sueño y abrasa la vida...

DOC. ¿Así odia usted al duque?...

DUQ. ¡Así!

DOC. ¿Cuándo giró su amor?

DUC. La noche que me vi amortajada dentro del féretro... La revelación de que había sido envenenada hizo que acabase de un modo horrible el inmenso cariño que le profesaba... Le di honores y riquezas al darle mi mano en segundas nupcias... Creía en él como en Dios se cree... Allí mi amor se convirtió en odio.

DOC. ¿Y qué castigo trata de imponerle?

DUQ. No se halla consignado en ningún código... ¡Grande! ¡Inmenso! ¡Oculto en el seno de las sombras!... ¡Obscuro, como la tumba del amor abierta por el odio!... ¡Frío, como mármol sepulcral!...

DOC. ¡Así habla la pasión!

DUQ. Ya ha empezado el castigo... Aparezco a sus ojos como un espectro... Por la noche turbo su sueño, poniendo mis labios en su oído, haciendo que mi voz penetre en su cerebro... El pánico le acomete... El terror se apodera de su espíritu... Y así... así... poco a poco... arrancaré de su cerebro la luz que ilumina su alma, la imagen de otra mujer que le esclaviza... Hasta que pierda la razón y se convierta en un miserable autómata.

DOC. ¡Horror, señora! ¿Arrancarle a un cerebro la llama que en él florece y que se llama la razón? ¿Perturbar a un ser moral para

que enloquezca y se convierta en un maniquí de carne y hueso, sin gobierno ni disciplina? Eso no puede oirlo el doctor Carvajal sin protestar. Yo curo a los locos señora... Y para llevar a cabo mi misión, consagro todos los esfuerzos de mi entendimiento y todas las ansias de mi vida. Dígame que trata de matarle... de traspasar su pecho con un hierro... pero no atente contra el alma de ese hombre, porque es inviolable. ¿Lo entiende usted, duquesa? El alma es inviolable.

DUQ. Ese hombre causó la muerte del padre de usted.

DOC. No importa.

DUQ. Ha olvidado las frases que pronunció aquel venerable anciano en la casa de socorro, entre sudores de agonía?... «Luis, hijo mío, me han matado, y muero sin verte.»

DOC. Me muerde ese recuerdo el corazón; mas no importa. No se tuerce mi conciencia.

DUQ. Ese infame ama con pasión satánica a su hijastra...

DOC. ¡A Carolina!

DUQ. Y desea hacerla suya para satisfacer, en aquel cuerpo de ángel, sus ansias de demonio.

DOC. Digo que no importa. Desgárrese la carne si hay que hacer mutilaciones... Quítese la vida si hay que matar... Pero el espíritu, no... El espíritu no puede tocarse. La luz de la conciencia debe estar sobre todos los hechos, sobre todas las cosas y sobre todos los crímenes... No; no hay que tocar al cerebro del hombre, porque es sagrado.

DUQ. Absorta le escucho.

DOC. En el fondo, usted es otra enferma.

DUQ. ¡Carvajal!

DOC. No hay que hablar a la pasión cuando ésta se desborda.

DUQ. Usted no es un hombre.

DOC. Soy un médico... está bien.

DUQ. ¿Qué hay que hacer con el duque?

DOC. Entregarlo a la justicia.

DUQ. El duque tiene más poder que la justicia.

DOC. El deber se habrá cumplido...

DUQ. No, Carvajal. No cura usted mis odios. Usted no siente calor. Yo sí que lo siento... Esta es una enfermedad cuya curación escapa a la ciencia de los médicos. Obre cada cual conforme a su modo de ser... No discutamos; mas por lo pronto debemos librar a Carolina de las garras de ese monstruo. ¿No es así?

DOC. Eso es lo justo.

DUQ. Venga al hotel al caer del día... Véase con Felipe, el guarda, que habita uno de los pabellones situados en el jardín... Felipe conoce todos mis proyectos y ya tiene mis instrucciones. Cerca del hotel habrá un coche preparado... Así libraremos a Carolina... Sea usted su defensor. Allí nos veremos.

DOC. ¡Está bien!

DUQ. Hasta la vista, Carvajal.

DOC. Hasta la vista. (Vase la Duquesa por el foro.)

ESCENA IX

DOCTOR CARVAJAL

DOC. ¡Apagar la luz del espíritu, cuando todas las máquinas organizadas de la vida tienen la suprema finalidad de que germine en el cerebro la llama espiritual!... ¡Eso es monstruoso! ¿Qué te parece, padre? Nosotros ya nos conocemos y sabemos donde se halla la verdadera justicia. Se impone el hombre nuevo. El hombre inconmovible, que sepa luchar contra las imposiciones de la carne y las fatalidades de la materia. Este es el que ha de echar los cimientos de las sociedades del porvenir. (Vase por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO XII

Telón corto de bosque, inmediato a la estación del ferrocarril

ESCENA PRIMERA

ARAGONESES 1.º y 2.º por la derecha.

ARAG. 1 Ya *himos* llegao al pie de la estación. Ahí la tienes.
ARAG. 2 ¡Cuántos coches hay *paraos*!
ARAG. 1 ¡Y la gente!... ¡No hay poca!
ARAG. 2 ¿Vienen *tóos* esos a Ricla?
ARAG. 1 *Pué* que alguno vaya a Zaragoza.

ESCENA II

Dichos. VENDEDOR de periódicos por la izquierda, voceando

VEN. ¡*El Imparcial Justiciero*, con el drama de las Ventas, el descubrimiento del crimen de don Ramón Carvajal y el retrato de los Aragoneses!
ARAG. 2 ¿Oye usted?
ARAG. 1 ¿Seremos nosotros, maño?
ARAG. 2 (Al vendedor.) Venga ese papelucho. (El vendedor le entrega uno de los periódicos.) Dele usted una perrilla.
ARAG. 1 Toma. (Hace lo que le indica su hijo. Toma el vendedor la perrilla y vase derecha.)

ESCENA III

ARAGONESES 1.º y 2.º

ARAG. 2 Aquí estamos *pintaos*.
ARAG. 1 ¿Cuál eres tú?
ARAG. 2 Yo creo que soy éste de la derecha. Y ¿dónde está *usté*, padre?

ARAG. 1 Tengo que ser el otro.
ARAG. 2 ¿El de la izquierda?
ARAG. 1 Por fuerza. ¿No ves que sólo hay dos?
ARAG. 2 Entonces se han *equivocao*.
ARAG. 1 ¿Quiénes?
ARAG. 2 Aquellos de la máquina del ojo de vidrio.
ARAG. 1 ¿Por qué?
ARAG. 2 Porque éste de mi izquierda se parece más a la madre que a *usté*.
ARAG. 1 Dale vuelta al papel. ¿No ves que estamos boca abajo?
ARAG. 2 (Dándole vuelta al periódico.) Esto es otra cosa.
ARAG. 1 El de la izquierda eres tú.
ARAG. 2 ¿Y tengo yo esa cara?
ARAG. 1 La misma.
ARGA. 2 ¿Está *usté* seguro?
ARAG. 1 Si lo sabré yo, que soy tu padre?
ARAG. 2 Yo juraría que es la otra cara.
ARAG. 1 ¿La tuya?
ARAG. 2 Cabales.
ARAG. 1 *Pué* que lleves razón.
ARAG. 2 Se lo preguntaremos a la madre así que lleguemos a Ricla. Guardemos este papelucho.
ARAG. 1 No le enseñes eso a tu madre. Ya sabes que en seguida le da un accidente.

ESCENA IV

Dichos. VENDEDOR de periódicos por la izquierda

VEN. He caído en la cuenta de que han tomado ustedes un periódico por otro. Este es el que trae el retrato de los dos aragoneses.
ARAG. 1 (Tomando el periódico que le entrega el vendedor.) ¡Otra te pego!
ARAG. 2 ¿Y estas dos figuras?
VEN. ¿No lo han notado? Esos son dos famosos aviadores.
ARAG. 2 (Entregándole el periódico.) Toma. Vete con tu madre de Dios. (Vase el Vendedor por la izquierda.)

ESCENA V

ARAGONESES 1.º y 2.ª

ARAG. 1 *Clavaos.*

ARAG. 2 ¿Cómo que *clavaos?*

ARAG. 1 Es un decir... ¡Vaya un modo de sacar vivas a las personas! *Paece* que estemos hablando.

ARAG. 2 ¡Qué *quié* usté que le diga!...

ARAG. 1 ¿No ves los garrotes? También han salido los garrotes. Las señas son mortales.

ARAG. 2 *Pa* mí que *semos* los otros.

ARAG. 1 ¿Cuáles?

ARAG. 2 Los de antes.

ARAG. 1 ¿Aquéllos? ¿No oíste decir que son reyes?

ARAG. 2 Ni ases tampoco.

ARAG. 1 Fíjate.

ARAG. 2 Ya me fijo. A mí no me saca nadie de mis casillas.

ARAG 1 Que sí que *semos*... No te *encerriles*, maño; no vayamos aquí a tener otra como la de la carga de leña.

ARAG. 2 ¿Qué otra es esa?

ARAG. 1 *Empeñao* en que la borrica no podía soportar aquel peso. Y ¿qué hiciste? Traerte a cuestas *toa* la carga más de una legua de camino.

ARAG. 2 *Pa* que no se cansase la bestia. Ya vió *usté* como me iba lamiendo las manos por detrás.

ARAG. 1 El caso es que podíais haberos repartido la carga, como yo te dije; pero tú, erre que erre en que habías de cargar con *toa* la leña. Hasta te pusiste la albarda dejando en pelo a la borrica... Y ahora haces lo mismo: erre que erre en que éstos no *semos* nosotros.

ARAG. 2 ¡Qué *himos* de ser!... Tire *usté* por donde quiera.

ARAG. 1 ¿Por dónde quieres que tire? A esto ya no

se le saca punta por ningun *lao*. ¡Ni Dios lo pone en claro! Todo esto nos pasa por no saber de letra.

ARAG. 2 ¡Lástima de perrilla!

ARAG. 1 Guardaremos el papel, por si acaso.

ARAG. 2 Guárdelo *usté*. A ver si el tiempo lo aclara.

ESCENA VI

Dichos. PERIODISTA por la izquierda

PERIO. Buenos días. ¿Son ustedes los Aragoneses? Ustedes son; no cabe duda.

ARAG. 1 ¿Quiénes?

PERIO. Los de Ricla.

ARAG 2. Los mismos, pero nada nos pregunte, porque nos vamos a la estación.

PERIO. (Consultando su reloj.) Tienen ustedes más de una hora de tiempo. Se aburrirán en la sala de espera... Les suplico que me oigan por algunos instantes... Yo soy reporter de *El Imparcial Justiciero*... Por favor, señores...

ARAG. 2 ¿Qué hacemos, padre?

ARAG. 1 Bueno. Que hable un poco.

PERIO. Les supongo enterados del drama ocurrido en las Ventas.

ARAG. 1 ¿Qué drama es ese?

PERIO. ¿Cómo? ¿No saben ustedes que el Negrete mató a Paco Carreño, y que luego, al ser detenido por la guardia civil, se declaró autor del asesinato cometido en la persona de don Ramón Carvajal?...

ARAG. 2 Cuéntelo usted.

PERIO. Público es y notorio. Lo ha referido toda la Prensa. Falta, sin embargo, el dato más importante y curioso. Averiguar el paradero de una gitana que se llama Flora y que intervino de un modo eficaz en la generación y desarrollo del sangriento drama.

ARAG. 1 Adelante.

PERIO. Esa gitana es el gran misterio. Vendía flores... Esto no se explica tratándose de una gitana. ¡¿Una gitana vendiendo flores?! Inverosímil de todo punto. Se comprende que vaya por calles y plazas diciendo la buenaventura; pero ¿vendiendo flores? ¿Qué opinan ustedes?

ARAG. 1 ¿Qué opinas tú, maño?

ARAG. 2 *Pué* que rascándome la cabeza me salga. Siga usté diciendo.

PERIO. Ella fué la que convidó al Negrete y le entregó los claveles blancos... Tampoco se han encontrado estos claveles. El Negrete los bañó en sangre del Paco Carreño, y se los dió a la Nicolasa. Esta dice que los arrojó al suelo; pero el caso es que los claveles teñidos de sangre no han parecido. Los elementos que intervinieron en el hecho no pueden ser más sensacionales y misteriosos. La Nicolasa quería claveles rojos. Flora la gitana sólo tenía claveles blancos, y entonces el matador de Carreño se encargó de satisfacer los deseos de la Nicolasa. Estos detalles tienen un carácter verdaderamente inusitado. Por eso han producido en todo Madrid una emoción tan profunda. Se ha descorrido el velo obscuro que encubría el asesinato del doctor Carvajal, pero el fondo ha quedado como antes: sumergido en las sombras. Mi primera tesis se ha confirmado plenamente. El crimen no es vulgar... Aparte de que el Negrete no es un caballero como se suponía, porque no ha mucho que estuvo en presidio, tiene arranques pasionales de primer orden. Lo de teñir con sangre los dos claveles blancos lo pone fuera de toda duda. Para mí el Negrete es un romántico de primera fuerza. ¿Qué tal?

ARAG. 2 ¿Y a qué viene todo eso?

PERIO. ¿No se han enterado?

ARAG. 2 Vuélvalo usté a decir, si le parece.

PERIO. (¡Demonio! Estos baturros me han tomado el pelo. (Alto.) Me voy escapado. Queden con Dios.

ARAG. 1 Buena suerte. (Vase el Periodista por donde vino.)

ESCENA V

ARAGONESES 1.º y 2.º

ARAG. 2 Habla más que un sacamuelas.

ARAG. 1 Lástima me da de la pobre gitana. ¿Has entendido algo?

ARAG. 2 Eso... De que vendía flores.

ARAG. 1. ¿Y qué más da que venda flores o que diga la buenaventura?

ARAG. 2 Aquí hay otro.

ESCENA VI

Dichos, EMPRESARIO de atracciones por la izquierda

EMP. He venido corriendo en un coche para alcanzarles. He conseguido mi objeto.

ARAG. 1 ¡Vámonos, tú!

ARAG. 2 Vamos.

EMP. Dispensen ustedes. Es inútil. El tren de Zaragoza acaba de salir.

ARAG. 1 ¿Que se ha ido ya el tren de Zaragoza?

EMP. Ahora mismo.

ARAG. 2 Vamos corriendo, padre; a ver si le alcanzamos.

ARAG. 1 Que *himos* de alcanzar si ya se ha ido... Echale un galgo a esa liebre.

ARAG. 2 *¡Ridiós!* ¡Como tuviera ahora al alcance de mi garrote al sacamuelas!...

EMP. No se apuren ni aflijan. Todo será para su bien y mejor fortuna.

ARAG. 1 ¿Y eso?

EMP. ¿Canta alguno de ustedes jotas del país?

ARAG. 1 Este hijo mío las canta.

ARAG. 2 Antes de yo nacer ya las cantaba mi madre.

EMP. ¡Oh felicidad! ¿Es verdad eso?

ARAG. 1 Que sí que las canta.

ARAG. 2 *Pa* jotas estamos ahora.

EMP. Yo soy empresario de uno de los cines más favorecidos que hay en Madrid. Ustedes son los héroes de actualidad. Les contrato para cantar jotas en mi cine. Será una de las atracciones más concurridas.

ARAG. 1 ¿Oyes, tú?

ARAG. 2 Que no estoy *pa* cantar jotas.

EMP. Les ofrezco cuatro duros por sesión y veinte de préstamo, o sean cien pesetas por adelantado. ¿Conviene?

ARAG. 1 ¿Cada día?

EMP. Cada día.

ARAG. 2 ¿Cuatro duros por cantar jotas?

EMP. Sí, señor.

ARAG. 2 ¿Cuántas? Porque una vez empezando no se acaban nunca.

EMP. Seis o siete.

ARAG. 1 Trato hecho. Vengan los veinte duros de señal.

ARAG. 2 ¿No será esto algún timo, padre?

EMP. (Sacando un billete de cien pesetas.) Tome usted.

ARAG. 1 Maño, ésta sí que es gorda.

ARAG. 2 Que se vaya el tren. ¿Qué le *himos* de hacer?

EMP. Vengan conmigo. Tomaremos un coche y regresaremos a Madrid.

ARAG. 1 Parecemos duqueses. No salimos del coche.

ARAG. 2 *Himos pecao* de ligeros, padre. Si usted no se adelanta le sacamos cuatro duros y medio. (Vanse por la izquierda.)

MUTACIÓN

CUADRO XIII

Decoración del cuadro V, en el hotel del duque del Rizal

ESCENA PRIMERA

Aparece el DUQUE sentado, con un periódico en la mano. A su lado, de pie, prestando atención, DON TOMÁS

DUQUE ¿Y dices que este Carreño?...

TOM. Era un eslabón de la cadena.

DUQUE ¿Y estos otros, Perdigón y el Negrete?

TOM. Son eslabones sueltos. La cadena se ha roto y ya no puede formarse.

DUQUE ¿De modo que?...

TOM. Nada tema vuecencia

DUQUE Y a esta gitana Flora, ¿qué papel le plugo?

TOM. Rivalidades y amoríos que, entre esa gente de mal vivir, acaban por desenlazarse de mal modo. Ya nada importa que el Negrete y el Perdigón se pudran en la cárcel, como no vayan a la horca. Muerto Carreño, ningún temor deben inspirarnos.

DUQUE ¡Calla! ¿Has oído?

TOM. Nada, señor.

DUQUE ¿Así como una voz misteriosa?

TOM. Encuentro a vuecencia hondamente preocupado.

DUQUE ¿Has visto a Carolina?

TOM. Ha poco la vi en el jardín. Bajó por la escalinata de mármol, tan esbelta, que parecía que no hollaba el césped. ¡Su cintura! ¡Qué manojo de guirnaldas!... ¡Su pecho! ¡Qué cuerpo de ánfora tan exquisito y delicado!...

DUQUE ¡Carolina!... ¡Carolina!... ¿Quién ha encendido en mi corazón estas ansias mortales? ¿No ha sido tu sórdida avaricia?

TOM. ¡Señor!

DUQUE ¡Tráeme a Carolina!

TOM. ¿Qué hace vuecencia?

DUQUE Echarte las zarpas al cuello. (Agarrándole por el cuello y echándole sobre un diván.)

TOM. ¡Socorro!

DUQUE Ya te suelto... Nada temas. ¡Ja, ja, ja!

TOM. Me ha magullado vuecencia.

DUQUE Ha sido esto una caricia. ¡Ja, ja, ja!

TOM. Por poco me estrangula.

DUQUE (Sacando de una cartera algunos billetes.) Toma... Ya sé como se curan todas tus ansias... Cúrate.

TOM. ¡Qué rasgo tan espléndido!

DUQUE Vete. Líbrame de tu presencia.

TOM. Cuidado, señor, cuidado con esos ataques de nervios...

DUQUE ¡Ira de Dios!

TOM. (Apretando el paso hasta desaparecer por el foro.) Ya me voy, señor, ya me voy. (Vase por el foro.)

ESCENA II

DUQUE

DUQUE (Volviendo a su asiento.) Acabaré por estrangularle... ¿Qué diablos hice con él? Le agarré por el cuello y le arrojé sobre un diván... ¿Y por qué? ¡Qué sé yo! No tengo conciencia exacta de mis actos... ¡Ah! Sí... Porque despertó el fuego de mi pasión, con los hechizos de Carolina... ¿Será éste un principio de locura? ¡Ja, ja, ja! Los locos no discurren... Ya estoy solo otra vez. ¿Por qué le habré despedido? Me espanta la soledad. ¿Qué ha pasado? ¿Que me ha puesto nervioso la descripción que hace este periódico de lo ocurrido en las Ventas? ¡Que el Negrete mató a Carreño!... Tanto mejor... Así se ha deshecho la cadena... ¿Y la gitana? ¿Por qué despertó eu mí tan gran interés? ¿Y los claveles rojos teñidos en

sangre?... (Durante este soliloquio sale la Duquesa, vestida de negro, por la puerta secreta, y coloca los dos claveles rojos, que recogiera del suelo al final del acto cuarto, sobre la mesa, que se hallará situada al lado del Duque. Luego vase por la misma puerta secreta.) ¡Bah! ¡Llévelos el diablo a todos!... El crimen es un reguero de sangre... Hay que apartar los pies de ese charco. (Fíjase entonces en los dos claveles.) ¡Eh! ¿Qué es esto? Dos claveles blancos... ¿Y están manchados de sangre como los otros?... ¡Qué horror! Deben ser los mismos... ¿Qué fantasma los ha traído?... Es el espíritu que flota en estas paredes, como un sér impalpable que me acosa sin piedad... Estos claveles no se desvanecen... Es la primera realidad que viene a mis manos... ¿Será ésta la sangre de Carreño?... ¡Sangre! Sangre por todas partes... ¿Cómo ha venido a mis manos esta prenda acusadora? ¿Cómo ha salido esta sombra de mi cerebro?

ESCENA III

Dichos y DOCTOR por el foro

DOC. Buenas tardes, señor duque.

DUQUE ¡Otro fantasma! ¡Aparta!... ¡Aparta!

DOC. ¿Qué es eso? ¿No me reconoce?... ¿Habré hecho mal en presentarme de súbito?

DUQUE ¿Quién es usted?

DOC. Carvajal.

DUQUE ¡Ah! Carvajal... ¡El otro!... Carvajal... El hijo de...

DOC. ¿Qué le pasa?

DUQUE No... No se acerque... Espere un momento... Un momento... (¡Que no vea estos claveles!... ¡Qué no vea esta sangre!) (Guardándose nerviosamente los claveles.)

DOC. Siento en el alma, señor duque, haberle interrumpido.

DUQUE ¡No es nada! ¡Ya pasó! ¡Ya pasó! Puede tomar asiento.

DOC. He venido a verle, porque en mi primera visita salí convencido de que yo, como médico, podría serle muy útil. Y como mi padre...

DUQUE Sí, era nuestro médico... Bien venido... Bien venido.

DOC. Me hallo a su disposición, señor duque, porque ya veo que se halla usted enfermo.

DUQUE ¿Sería usted capaz de curarme?

DOC. ¿Y por qué no?

DUQUE ¡Ja, ja, ja!...

DOC. ¿Qué encuentra tan extraño, que promueve su hilaridad?

DUQUE Sí... sí, muy extraño... ¡Ja, ja, ja!... Me acomete una pasión de risa. Perdóneme ¡Ja, ja, ja!...

DOC. (Es él. ¡No hay duda! Le delata esa risa nerviosa. Este es el hombre que mandó matar a mi padre. Me dan tentaciones de agarrarle por el cuello y estrangularle... Pero no; no debo hacerlo. Ya he recobrado la serenidad... De nuevo salió vencida la bestia natural. Vuelvo a triunfar como ser libre. ¡Esta es la buena dirección de la vida! ¡Paso a la razón humana, que es la luz del Espíritu! ¡Paso a la ciencia! ¡Los locos matan! ¡Los médicos curan!...) (Pausa.) ¡Deme usted la mano, señor duque!

DUQUE ¿Quiere usted, en efecto, ser mi médico?

DOC. Me tiene completamente a sus órdenes.

DUQUE ¿Cómo me encuentra usted?

DOC. En completo desequilibrio de todas las funciones armónicas de la vida.

DUQUE ¿Hay receta para curar el mal de las visiones y los espectros?...

DOC. La hay cuando el paciente se somete rigurosamente a las prescripciones facultativas.

DUQUE Pues me abandono al médico. No duermo ni sosiego... Padezco alucinaciones tan

frecuentes que no me dejan vivir durante el día ni sosegar por la noche... Veo la imagen de mi difunta esposa desprenderse de las paredes y aparecer y desaparecer ante mi vista con la realidad que tienen los seres de carne y hueso... Mi pensamiento ha perdido su eje... Cúreme usted, y disponga en cambio de toda mi fortuna.

DOC. ¡Calma, señor duque; calma!

DUQUE ¿Queda todavía alguna esperanza?

DOC. Conteste con sinceridad.

DUQUE Diga.

DOC. ¿No es verdad que cuando siente un impulso pasional, éste se agiganta con el obstáculo hasta convertirse en un deseo de fatal ejecución?

DUQUE Sí... Sí.

DOC. No es cierto que aquella sugestión le conduce a los mayores excesos, asaltando la conciencia del ser moral, llegando hasta la perpetración del crimen?

DUQUE ¡Del crimen!... ¡Cierto!... ¡Cierto!

DOC. (¡Es un sujeto hipnótico!... Un ser desgraciado... ¡Padre! Ya sé cual es tu justicia.)

DUQUE ¿Hay remedio?

DOC. La perturbación es profunda, pero si usted sigue mi consejo...

DUQUE ¿Qué debo hacer?

DOC. Poner mucha agua y mucha tierra entre usted y esos fantasmas que le acusan... El remedio no está en Madrid, se halla al otro lado de los mares... Le respondo del éxito. Váyase a Nueva York por una larga temporada.

DUQUE ¿Usted me aconseja que...

DOC. Sí. Que atraviese el Océano. En él se anegan los duendes... Cuanta sangre circula por las venas de todos los hombres juntos no bastaría para enturbiar el cristal de sus aguas.

DUQUE No es posible. No es posible.

DOC. ¿Por razones de política?
DUQUE No es la política.
DOC. Peligran sus haciendas?
DUQUE No es esa la argolla que ata mi voluntad.
DOC. Nada me oculte... ¿Qué misterioso poder lo impide?...
DUQUE ¡Pues bien, sépalo! Carolina.
DOC. ¿Su hijastra?
DUQUE La misma.
DOC. ¿Cuál es el motivo?
DUQUE La amo con locura... Soy su prisionero... Ya conoce mi secreto.
DOC. ¿Y ella?
DUQUE No me ama.
DOC. Está bien.. Salvaremos esa dificultad.
DUQUE ¿Cómo?
DOC. Como aconseja la ciencia. Eliminando el obstáculo... Desatando el grillete.
DUQUE ¿Sin arrancarme el corazón?
DOC. Naturalmente.
DUQUE ¿Puede mi alma libertarse de ese yugo?
DOC. Con un poco de voluntad por su parte...
DUQUE ¿Y cuándo?
DOC. Muy pronto. Adiós, duque.
DUQUE Me deja asombrado.
DOC. Voy a empezar mi obra de salvación.
DUQUE Pero...
DOC. Quieto. Tranquilícese y calme sus nervios. Hasta mañana. Obedézcame en un todo.
DUQUE Le obedezco. Hasta mañana.
DOC. (Aparte al hacer mutis.) (Hay que sacar a Carolina de este hotel... Ese es el obstáculo... Veré a Felipe el guarda...) (Vase por el foro.)

ESCENA IV

EL DUQUE

DUQUE Este es otro sueño, sin duda. Carvajal quiere sacarme de estas terribles alucinaciones... y ¡él! El hijo del muerto. ¡Ja...

ja... ja!... ¿Quiere curarme de esta pasión que me devora... ¿Será verdad tanta belleza? ¡Dicen que es un sabio, que hizo curas maravillosas. ¡Eh! ¿Quién viene? ¡Es Carolina!... ¡Cómo se aviva mi pasión al verla!... Ya soy otro hombre.

ESCENA V

Dicho y CAROLINA por el foro

CAROL. ¿Usted aquí, señor? Me alegro de hallarle.

DUQUE ¿Te alegras de hallarme?

CAROL. Sí. Porque deseo hablarle de un asunto muy importante.

DUQUE (Ofreciéndole una silla.) Toma asiento... Me tienes a tus órdenes. Ya te escucho.

CAROL. Señor duque...

CAROL. El amor es como las flores. El mío ha encontrado ya su primavera.

DUQUE ¿Quieres decir que amas? ¿A quién?

CAROL. A Luis Carvajal.

DUQUE ¿Al hijo de...

CAROL. Al hijo del difunto don Ramón. Sí, señor.

DUQUE ¡Ya que no puedo despedazarte... si pudiera desgarrar con las uñas mi corazón, lo haría! (Rugiendo de corage.)

CAROL. ¡Piedad, señor, piedad!

DUQUE No hay piedad para una burla tan cruel... ¿Esta es la contestación que das a mis ofertas?... ¿Este es el calmante que reciben mis ansias?... La hija de la duquesa del Rizal no puede amar a un plebeyo... ¡Carvajal!... ¡Carvajal! ¿Trata de vengar a su padre o de pescar una dote? ¡Era plan convenido!

CAROL. Le ofende usted, señor duque. He cumplido mi penoso deber. Me retiro.

DUQUE No, no te vayas. (Obligándola a tomar asiento.)

CAROL. ¡Señor duque! ¿Qué hace usted?

DUQUE Obligarte a permanecer aquí. ¡Has derrumbado de un golpe el alcázar de mis ilusio-

nes, y justo es que te sepulte en sus ruinas!... Ese plebeyo no será tu esposo...

CAROL. Esa violencia... Protesto en nombre de mi madre.

DUQUE ¡Tu madre!... Estaba por decirte que... ¡Oh! ¡No! no! ¡Bueno! Sí; te lo diré a medias. Ya te adoraba en vida de tu madre... Mi afecto ya giró antes de que ella muriera. La pasión me hizo miserable hasta ese punto. ¿Qué más? ¡Hasta creo que hizo bien en morirse!...

CAR. Sin duda la locura ha hecho obscurecer la luz de su entendimiento.

DUQUE ¡La locura! ¡El delirio! Por ti todo...

CAR. (Erguida, con gran altivez.) ¡Basta, señor duque! ¡Jamás un hombre que se estima debe llevar hasta este punto la violencia de su pasión tratándose de una mujer confiada a su honor y a sus cuidados! No soy tan débil para consentirlo. Amaba mucho a Carvajal; pero ahora, después de oir las palabras que la pasión pone en labios de usted, le amo más todavía. Desde este momento recabo mi libertad de acción. Para usted todas las riquezas y honores. No me hace falta ningún título de nobleza para ser dichosa con Carvajal... Usted es noble y él es plebeyo... ¡Corriente! váyase usted con los suyos. Yo me iré con los míos; con los que tienen sangre nobilísima en las venas y sobra de hidalguía en el corazón. (Pausa.)

DUQUE Así. Prefiero la guerra declarada. Desde hoy, este gabinete será tu cárcel. Ya no me fío de ti. Allí, en aquel gabinete (Señalando al de la derecha.), yo. Aquí, en esta sala, tú.

CAR. Esto es un indigno atropello.

DUQUE (Tocando un timbre). ¡Carvajal! ¡Carvajal! ¡Primero muerta!

ESCENA VI

Dichos. PEPE por la izquierda

PEP. Señor.

DUQUE Corre a dar aviso a don Tomás; que venga al punto. (Pepe vase foro.)

ESCENA VII

CAROLINA y EL DUQUE

CAR. (¡Madre mía! ¡Madre mía!)

DUQUE (Dando paseos por la habitación) No vendrá en tu auxilio... Los muertos no salen de sus tumbas.

ESCENA VIII

Dichos. DON TOMAS por el foro

TOM. ¿Qué manda vuecencia?

DUQUE Disponga usted todo lo necesario para que la señorita Carolina habite desde este momento en esta sala, de modo que no pueda salir de ella bajo ningún concepto. Quedará cerrada la puerta que conduce a su gabinete... Gabriela sigue a su servicio, pero vigilada por usted. Espero que se cumplirán mis órdenes.

TOM. Descuide vuecencia.

DUQUE Ya lo sabes, Carolina.

TOM. (Al Duque). (El elixir, señor; el elixir.)

DUQUE ¡El infierno!

ESCENA IX

CAROLINA y DON TOMÁS

TOM. (Cerrando la puerta derecha.) ¿Que se cierre esta puerta?... Ya está. Me guardo la llave. Dis-

pense usted, señorita, que me vea en la dolorosa precisión de acatar las órdenes de mi amo... Voy a ponerme de acuerdo con Gabriela para que esta noche no carezca usted de nada... (Esto va por buen camino.) (Vase Don Tomás por el foro.) ¡Ji, ji, ji!

ESCENA X

CAROLINA

CAR. (Levantándose bruscamente, llega a la puerta izquierda.) ¡Cerrada esta puerta!... ¿Y por la galería? (Llega al foro.) Don Tomás la ha cerrado también... Arrojarme desde aquí al jardín... ¡Hacerme pedazos!... Este será mi postrer recurso... Soy su prisionera. El, allí, en su gabinete... La noche, que se aproxima... la pasaré en vela. ¡Tengo miedo! ¡Ese hombre es capaz de todo!... Y aquí, yo sola... ¡Mi orgullo de mujer se subleva! Un arma para defenderme. (Toca el timbre.) Veamos si puedo hablar con Gabriela.

ESCENA XI

Dicha. GABRIELA, seguida de DON TOMAS, por el foro izquierda

GAB. ¡Ay señorita de mi alma!

CAR. ¿Puedo hablar con Gabriela?

TOM. No hay inconveniente.

CAR. Acércate.

GAB. ¿Qué desea?

CAR. (En voz baja.) Allí, en mi gabinete, verás un cuchillo con mango de nácar. Tráelo.

GAB. ¿De qué manera?

CAR. Con un pretexto. ¡Ah! Ya le hallé. (En alta voz.) Tráeme, Gabriela, una infusión de te con unas gotas de azahar...

TOM. ¡Ah! ¿La señorita quiere un te?... Vaya us-

ted, Gabriela, vaya inmediatamente a servírselo.

GAB. Voy al punto. Lo hay hecho siempre a prevención. (Vase Gabriela foro izquierda.)

ESCENA XII

CAROLINA, DON TOMÁS

CAR. Usted y mi madre no se tenían mucho afecto.

TOM. Tuve esa mala suerte.

CAR. (Pausa.) ¡Y tampoco ha sabido ganarse el mío...!

TOM. Eso creo también, por mi desgracia.

CAR. (Pausa.) Usted ya tiene su Dios.

TOM. El señor duque no es precisamente un Dios para mí... pero... poco le falta.

CAR. Avaro, lo es usted.

TOM. Me calumnian, señorita, me calumnian.

CAR. ¿Cuánto dinero le da su amo?

TOM. El señor duque es inmensamente rico... y es muy difícil sobrepujarle... A no ser que... ¡Ji, ji, ji!

CAR. No, no trato de comprarle... (No hay esperanza.)

ESCENA XIII

Dichos. GABRIELA, con servicio de te, por el foro, y al hombro el abrigo de Carolina y puñal

TOM. Vaya. Yo mismo se lo serviré a la señorita, Espero que aceptará mi galantería... Está abrasando.

CAR. Me es igual.

GAB. (Acercándose a Carolina.) Tome usted, señorita. Traigo un abrigo por si acaso.

CAR. (Tomando el abrigo, que deberá ser muy rico y de raso blanco.) Has hecho bien. (A Gabriela por lo bajo.) ¿Y él?...

GAB. (Rápidamente a Carolina.) Va dentro.

CAR. Has sido precavida. Nada más necesito. Esta noche dormiré reclinada sobre un sofá.

GAB. ¿Cómo?

TOM. (Enfriando el te, después de haber vertido en la taza unas gotas del contenido de un frasco que habrá sacado de uno de sus bolsillos, disimuladamente, mientras Carolina habló por lo bajo con Gabriela.) Trasladaremos aquí cuanto sea necesario para que...

CAR. Nada absolutamente. Esta es mi voluntad. Vete. (Vase Gabriela por el foro.)

ESCENA XIV

CAROLINA. DON TOMÁS

TOM. Ya puede tomarse.

CAR. Déjelo sobre esta mesa. Deseo quedar sola, don Tomás.

TOM. Como usted quiera. Cerraré esta galería, porque ya anochece.

CAR. Abierta... que quede abierta... Respiraré el aroma que se exhala del jardín.

TOM. Bien está. Yo me instalaré en una de las habitaciones contiguas para acudir a cualquier llamamiento.

CAR. (Secamente.) Muchas gracias.

TOM. Veré antes al señor duque. (Vase por la derecha.)

ESCENA XV

CAROLINA

CAR. (Sacando el cuchillo de uno de los bolsillos del abrigo.) Aquí... aquí está... Es muy pequeño, pero tiene la punta muy aguda. Este hierro me pone a cubierto de cualquier ímpetu salvaje... ¡Ya estoy tranquila!... ¡Cómo ardían sus ojos!... (Tomando el te maquinalmente mientras sigue en su monólogo.) Pero ¿qué hice

yo para inspirarle una pasión tan infernal?... (Pausa.) Hoy se ha quitado la máscara... Dijo que en vida de mi madre ya me amaba... Los celos le han arrebatado... (Pausa.) ¡Qué te tan delicioso... lo saboreo con placer infinito!... me hace suspirar y hasta parece que desvanece las sombras de mi espíritu. (Pausa.) ¡Qué feliz soy pensando en Carvajal!... Ya va anocheciendo. (Reparando en que obscurece la escena.) Parece que respiro mejor. ¡Carvajal! ¡Qué muchacho tan fino! ¡Qué talento el suyo! ¡Ay! ¡Qué delicia de te!... ¡Soy feliz... muy feliz!... ¡Me da sueño... un sueño plácido... (Pasándose la mano por la frente.) ¿Qué es esto? Una nieblecilla que se pone delante de mis ojos... ¡Qué sopor más extraño!... me reclinaré sobre el sofá... mi mirada se desvanece. (Queda dormida y reclinada sobre el sofá.)

ESCENA XVI

(Abrese la puerta secreta que hay en el ángulo de la izquierda y salen sigilosamente LA DUQUESA, DOCTOR CARVAJAL y FELIPE, que llegan a CAROLINA, a quien éstos toman en brazos, llevándosela por donde han venido.)

DUQ. (Dice a los que se llevan a Carolina.) El abrigo no... Dejadlo ahí. Al pabellón... y así que recobre el sentido, al coche. (Vanse Carvajal y Felipe llevándose a Carolina por la puerta secreta).

ESCENA XVII

LA DUQUESA

DUQ. (Después de haberse cerrado la puerta secreta. Acercándose al sofá donde antes se hallara Carolina.) Aquí estuvo Carolina reclinada... Tomaré su propia actitud, y envolveré mi cuerpo con su mismo abrigo. Así la ilusión será completa. (En voz muy baja.) ¡Cuán lejos se

hallará ese hombre de creer que soy yo, su mujer Cristina, la que le espera con los brazos abiertos!... Aquí viene. Acércate, esposo mío... ¡Acércate, amor de mis amores! ¡Acércate, infame!

ESCENA XVIII

LA DUQUESA; EL DUQUE, en pos de DON TOMAS, por la puerta de la derecha

TOM. ¿La ve usted allí reclinada? ¡Qué hermosa está Carolina, señor! La penumbra que la envuelve la hace aun más hermosa!... Fíjese vuecencia... parece una mariposa blanca que hubiese plegado sus alas sobre el cáliz de una azucena. ¡Qué contornos y perfiles!... ¡Qué suavidad de formas!

DUQUE Vete ya.

TOM. Ni una estatua de Praxíteles. Buenas noches, señor duque, buenas noches... ¡Ji, ji, ji! (Vase foro izquierda.)

ESCENA XIX

LA DUQUESA y EL DUQUE

DUQUE ¡Allí está dormida!... Y es verdad que parece una mariposa.

DUQ. ¡Ay!

DUQUE Ha suspirado... ¡Por el infierno! A ver si despierta ahora y fracasa mi última esperanza... ¡Carolina! (Pausa.) ¡Carolina! (Pausa.) ¡Ah! ¡Respiro!... Mi ángel malo ha preparado bien la dosis... Ni muerta, ni viva... dulcemente aletargada. Nada se oye en torno... ¡Es mía!

DUQ. ¡Infame!

DUQUE ¡Esa voz! ¡Suelta! Tu no eres Carolina. (Consigue desasirse de los brazos de la Duquesa, que le aprisionaban, llevándose las manos a las sienes.) (La luz de la luna, penetrando por la galería abierta

que da al jardín, cae de lleno sobre la figura de la Duquesa, iluminándola por completo.)

DUQ. (Poniéndose de pie, trágicamente.) ¡Mira quien soy!

DUQUE ¡Horror!... ¡Cristina! (Cae al suelo.)

DUQ. (Extendiendo el brazo rígidamente hacia el Duque en actitud trágica.) ¡Ja, ja, ja!...

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

CUADRO XIV

La decoración del cuadro anterior

ESCENA PRIMERA

Aparece el DUQUE tendido en el suelo, en la misma posición que quedó al final del cuadro anterior

DUQUE (Incorporándose, después de haberse levantado el telón algún espacio.) ¿Dónde estoy? ¡Tendido en el suelo!... ¿Quién me ha traído a este lugar?... Ya se está restableciendo mi memoria... (Se sienta en un sofá próximo.) ¡Desvaneceos, sombras que gravitáis sobre mis sienes con la pesadez del plomo!... Sí, sí; ya voy recordando... (Levantándose súbitamente.) ¡Cristina!... ¡Era Cristina!... ¿Dónde se fué?... ¿Se habrá filtrado a través del muro?... ¡Oh! Debo estar loco... Iba a cometer una infamia con Carolina... y cuando fuí a posar sobre los suyos mis labios ardientes noté que su mano estaba más fría que el mármol de los sepulcros. Aquella no era su voz... ¡Ah! Tampoco era su mano la que me atraía con fuerza irresistible... ¿Seré sonámbulo?... ¿Qué hacía yo tendido en el suelo?

ESCENA II

Dicho. DON TOMÁS, por el foro izquierda

TOM. ¡Señor! ¡Señor!...

DUQUE ¡Eh!... ¿Quién va?

TOM. Soy yo.

DUQUE ¿Quién eres tú?

TOM. ¿No me conoce?

DUQUE ¡Ah!... ¡Mi Luzbel!

TOM. Aquí me tiene vuecencia a sus órdenes.

DUQUE Vienes en buena ocasión para sacarme de una duda que se me ha enredado como una alimaña en el cerebro.

TOM. Diga vuecencia.

DUQUE Acabo de soñar que Carolina se hallaba aquí, en esta sala, adormecida por tu elixir.

TOM. ¡Cómo, señor! ¿Vuecencia ha tomado por sueño tan encantadora realidad?

DUQUE (Con espanto, ahora, por la realidad de que empieza a percatarse.) ¡La realidad! ¿Dices que la realidad?...

TOM. ¡Y tanto, señor, y tanto! Como que yo mismo vertí las gotas en el te que tomó la señorita Carolina.

DUQUE (Creciendo en asombro y espanto.) ¡¡Tú mismo!!

TOM. Por mi propia mano.

DUQUE ¿Y dónde está Carolina?

TOM. Allí. (Señalando el cuarto derecha.)

DUQUE Ven aquí, víbora, ven aquí. Todo eso que ahora dices, ¿no es un nuevo encanto obra de tu satánica invención, para acabar de trastornarme el juicio?

TOM. A vuecencia ha debido hechizarle la inmensa dicha que ha experimentado al ver realizadas sus ilusiones... Carolina se halla en el gabinete de vuecencia.

DUQUE ¡Infierno y rayo! ¡No mientas!

TOM. ¡No miento!

DUQUE Cerciórate por ti mismo... Penetra en mi gabinete. (Vase por la derecha.)

ESCENA III

EL DUQUE

DUQUE ¿Dónde está la realidad? ¿Dónde empieza el sueño?... Este viejo miserable trata de borrar toda línea divisoria para que se acabe de sumergir mi espíritu en el caos.

ESCENA IV

Dicho y DON TOMÁS, en el colmo de la estupefacción. Derecha

DUQUE ¿Has visto a Carolina?

TOM. ¡¡Estoy... estupefacto!!... Recuerde vuecencia que la dejamos aquí... reclinada en este diván... como una mariposa blanca...

DUQUE ¡Ah... sí! ¡Como una mariposa blanca!

TOM. Como una estatua de Praxíteles... y que yo dije a vuecencia: ¡qué hermosa está Carolina!

DUQUE Esas fueron tus palabras, sí; lo recuerdo... lo recuerdo.

TOM. Luego yo di las buenas noches a vuecencia y me fuí a vigilar al cuarto contiguo, para que ninguno de la servidumbre se acercase.

DUQUE Sí, sí; pero, si todo eso es verdad, ¿dónde está Carolina?

TOM. Aquí debiera hallarse.

DUQUE Enciende las luces... ¡Que venga Gabriela! (Don Tomás enciende las luces. El Duque llama a grandes voces.) ¡Gabriela! ¡Gabriela!

TOM. ¡Malos infiernos me lleven si comprendo nada de esto!

ESCENA V

Dichos. GABRIELA por el foro izquierda

GAB. ¿Llamaba el señor?

DUQUE ¿Dónde está tu señorita?

GAB. Aquí quedó... en esta sala.

DUQUE Corre a su gabinete; volando.
GAB. Está cerrada la puerta, señor.
DUQUE ¡La llave! ¿Dónde está la llave?
TOM. Yo la tengo.
DUQUE Abre al punto. (Don Tomás abre y Gabriela vase precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA VI

EL DUQUE, DON TOMAS

DUQUE Ya he recobrado los sentidos. Esta es la realidad... Carvajal y Carolina se aman.
TOM. ¿Cómo?
DUQUE Hay que abrir un abismo entre ambos... ¡Mata!... ¡Envenena!... ¡Haz lo que te plazca!

ESCENA VII

Dichos. GABRIELA, izquierda

GAB. No está tampoco en su gabinete.
DUQUE ¡Maldición! Recorre todo el hotel en su busca.
GAB. Corriendo.
TOM. Yo también.
DUQUE (Deteniéndole rudamente por un brazo.) Tú no. Tú aquí, conmigo. (Vase Gabriela foro izquierda.)

ESCENA VIII

El DUQUE. DON TOMAS

TOM. Tenga vuecencia calma.
DUQUE ¿Dónde está Carolina?
TOM. Señor...
DUQUE ¿Dónde está Carolina?... Yo la confié a tus cuidados.
TOM. Suélteme vuecencia, para que pueda ir en su busca.
DUQUE ¿Sabes dónde está?

TOM. ¿Dónde, señor?

DUQUE En brazos de Carvajal... Aquí estaba, pero se ha fugado. ¡Ira de Dios! ¡Sangre y muerte! Te has dejado arrebatar la prenda de mis ansias mortales... Ella en brazos de su amor... y tú en los míos...

TOM. ¡Socorro! ¡Socorro!

DUQUE ¡Que venga Carolina para salvarte!... ¡Caricias por caricias!... ¡Muero, perro viejo, a mis manos! ¡Qué placer!... ¡qué placer me causa tu agonía!... (Le estrangula y cae al suelo don Tomás. El duque le contempla y dice:) ¡Me convertiste en máquina y la máquina te ha estrangulado!... (Pausa.) Parece que respiro mejor desde que me he quitado la negra alimaña que se había enroscado a mi cerebro. Siento un bienestar profundo. Mi pensamiento penetra con más claridad en los recuerdos. Tengo un concepto más positivo de la realidad de las cosas... Yo soy el duque del Rizal, el grande... el poderoso. Y aquella mujer... No... No... No era un espectro. Era Cristina... Era mi esposa en cuerpo y alma... Pero, ¿cómo? ¡Cómo ha podido dejar su tumba! ¡No te extravíes, entendimiento! El cadáver de Cristina debe hallarse en la mansión de la muerte, encerrado en su féretro. No hay más que una realidad. Deshago este nudo de sombras que se ha formado en mi cerebro... ¡Ah! Qué idea... Sí. Sí. ¡Tendré valor para ejecutarla!... ¡No desaparecerá de mi vista como un ser impalpable para hundir mi espíritu en un abismo todavía más profundo!... No importa. Quiero matar esta duda... ¡A la muerte! ¡A la soledad! ¡Silencio!... ¡Silencio! (Vase por el foro.)

MUTACION

CUADRO XV

Telón corto de jardín. Es de noche

ESCENA PRIMERA

Salen por la izquierda FELIPE, el guarda, con escopeta. Le siguen CAROLINA y el DOCTOR CARVAJAL

FELIP. Sígame, señorita; ya pronto llegamos a la puerta de salida... El coche no está lejos.

CAR. Ni un paso más, Felipe. (Felipe se detiene en la salida derecha.)

DOC. No insista... por su bien se lo suplico.

CAR. No dudo que usted se opone a mis deseos creyendo que me hace un bien; pero no es así. ¡Mi madre vive! ¡Mi madre vive!

DOC. Ya la verá usted mañana.

CAR. No. No. Ha de ser esta noche.

DOC. ¿A tales horas, cuando usted acaba de salir de tan profundo desvanecimiento?...

CAR. No importa. Advertí el beso que mi madre depositó en mi frente. Medio aletargada todavía, oí claramente su voz y sus frases, que me sonaron a eterna despedida... «¡Adiós, hija de mi alma!» Eso dijo, y eso es lo que llevo grabado en el corazón. ¡Madre mía! ¡Madre mía!

DOC. Yo no sé cómo llevar el convencimiento a su ánimo.

CAR. El coche espera.

DOC. Pero es sólo para alejarla de este hotel, donde se hallaba cercada de peligros.

CAR. No. No saldré de este hotel sin ver a mi madre... ¡Oh Carvajal!...

DOC. No puede verla esta noche.

CAR. ¿Quién lo impide?

DOC. Las imperiosas circunstancias que a todos nos rodean.

CAR. ¿Cómo no esperó a que saliese por com-

pleto de mi letargo? ¿Quién la obligó a s
pararse de su hija? Usted lo sabe, y a
menta con su silencio el temor que n
asalta y que llena de amargas dudas r
pensamiento. ¿Dónde está mi madre?

DOC. Donde no quiere que nadie la interrump
Eso me dijo.

CAR. ¿Por qué tan gran misterio de dolor? ¡A
Dios mío!

DOC. Sosiésegue usted, por piedad. La ha ac
metido un temblor nervioso que puede t
ner consecuencias muy desagradables.

CAR. ¿Me ama usted, Carvajal?

DOC. ¡Con toda mi alma!

CAR. Entonces, se lo suplico por nuestro amor.
Voy a emplear el supremo recurso. ¡Ca
vajal, esposo mío, no me dejes morir au
sente de mi madre!

DOC. ¡Oh Carolina! Retrocedamos, Felipe...

CAR. ¡Ah! Por fin. ¡Gracias, Carvajal!

DOC. Vamos. (Vanse por donde vinieron.)

ESCENA II

Aparecen por la derecha GABRIELA y PEPE, cogidos de la man

PEP. No me sueltes de la mano, Gabriela.

GAB. Ten valor.

PEP. Ya lo tengo, pero...

GAB. ¿No te humilla que una mujer te dé animo?

PEP. En estas circunstancias, con la obscuridad
que nos envuelve y con lo que ha ocurri
do, nada me humilla.

GAB. ¡Vaya un hombre!

PEP. No alces tanto la voz; mira que Felipe el
guarda nos va a descerrajar un tiro.

GAB. (Asustada.) ¡Ay María Santísima!

PEP. No me asustes, Gabriela, no me asustes.
(Temblando.)

GAB. Si quien me asusta eres tú.

PEP. A mí me va a dar algo.

AB. ¡No; pues que no te dé nada!

EP. ¿Y cómo atravesamos el jardín hasta llegar al pabellón? Yo no me atrevo.

AB. Y yo, ¿cómo voy a ir sola?

EP. Acércate a mí cuanto te sea posible... Más.

AB. ¿Más todavía?

EP. ¡Calla! ¿No has oído?

AB. Sí; ruido de hojas.

EP. ¡El vértigo! Sostenme, Gabriela.

AB. (Sosteniéndole en sus brazos.) ¡Esta sí que es buena!... Mira, Pepe: o cesa el vértigo, o te dejo caer al suelo.

EP. (Enderezándose súbitamente.) ¿No oyes pasos?

AB Sí.

EP. Somos perdidos.

ESCENA III

Dichos. FELIPE, el guarda, apuntándoles con la escopeta, por la izquierda

FELIP. ¿Quién anda ahí?

PEP. ¡No dispares, Felipe, que somos nosotros! ¡Ponte delante, Gabriela!

FELIP. ¿Quiénes sois vosotros?

GAB. Gabriela y Pepe.

FELIP. ¿Y que hacéis a semejantes horas en el jardín?

PEP. Nada, Felipe, nada; te lo juro por nuestra salvación.

FELIP. Mala ocasión habéis elegido para pelar la pava.

GAB No, Felipe, no pelamos nada.

FELIP. Explicaos. ¿Qué hay?

PEP. No te extrañe nuestro temor... Ya sabes que las mujeres se asustan de todo.

FELIP. ¿Queréis decirme lo que ocurre?

PEP. Cuéntalo, Gabriela.

GAB Me mandó el amo qne buscase a la señorita Carolina, que nadie sabe donde se encuentra. Volví a la sala para decirle que mis pesquisas no habían dado ningún re-

sultado, y al entrar... se me heló la sangre en las venas. ¡Allí, tendido en medio de la sala, está el cuerpo de don Tomás, con una cara de ahorcado que espanta.

PEP. (Temblando como un azogado.) ¡Qué te parece, Felipe, qué te parece!

FELIP. Que es lo único bueno que ha podido ocurrir.

PEP. ¿Y qué hacemos nosotros en tan críticas circunstancias?

FELIP. Ya lo discutiremos con calma. ¿Dónde está el señor duque?

PEP. Se fué hablando consigo mismo. Bajó al jardín por la escalinata de mármol y salió a la calle abriendo la puerta de hierro, cuya llave siempre lleva consigo. Yo me aparté para dejarle pasar... Aquel no era un hombre, Felipe... Parecía un muerto con vida.

GAB. ¡Silencio! Ruido de un carruaje.

FELIP. Se ha parado.

PEP. Ya está de regreso. ¿Oíste el chirrido de la verja? Ya ha entrado en el jardín.

GAB. (Mirando a la izquierda.) Por allí pasa como una sombra.

PEP. (Señalando a la derecha.) Por este lado oigo ruido de pasos.

FELIP. Debe ser Miguel, el cochero.

ESCENA IV

Dichos y MIGUEL, el cochero, por la derecha

MIG. El mismo. ¿Cómo os hallo aquí reunidos?

PEP. Miguel, ¿qué ocurre?

MIG. Una cosa muy grave... Nuestro amo ha perdido la razón... Me ordenó que lo llevase al cementerio del Este... El conserje se resistía a abrir, tan a deshora, pero cedió al cabo... Entró el señor duque... Yo le esperé a la puerta. Al poco salió pálido y

desencajado. «Al galope—me dijo—al galope», y se metió en el coche diciendo: «Carolina es Cristina! ¡Cristina es Carolina!» Luego, a mitad del camino, oí sus gritos, que decían: «¡Para!... ¡Para...!» Me costó detener el brío de los caballos. Echó el cuerpo fuera de la portezuela y me dijo... «¿La hasvisto?» ¿A quién, señor? «A la sombra...» Nada he visto. «¡Corre! ¡Corre! Lleguemos pronto al hotel... Haz que se diloquen los caballos...» Les di suelta y hemos venido volando.

PEPE ¿A qué fué al cementerio?

MIG. ¡Qué sé yo!

FELIP. Vamos a mi pabellón. Allí acordaremos lo que debe hacerse.

MIG. Sí, vamos. (Vanse todos por la izquierda.)

MUTACION

CUADRO XVI

La decoración del cuadro XIV

ESCENA PRIMERA

La escena como quedó al hacerse la mutación. El cadáver de don Tomás, en la misma forma, tendido en el suelo junto al sofá. Aparece el Duque por el foro en completo estado de perturbación mental.

DUQUE ¿Quién yace ahí tendido? Uno que duerme mientras todos velan. Uno que permanece inmóvil cuando todos giran. (Sentándose.) ¡Que duerma! ¡Que duerma!...¡Ja, ja, ja!... Ya se ha desvanecido el misterio. ¡Cristina es Carolina! ¡Carolina es Cristina! A ver... Que venga don Tomás... Que venga ese perro viejo... Pronto... Ya tarda... (Pausa.)

Hola. ¿Ya estás ahí? Acércate... Nada temas, que aun no trato de ahorcarte... ¿Cumpliste mi encargo? ¿Abriste el féretro? Y bien... ¿Viste a la duquesa con su hábito de monja de la Merced?... ¿Qué dices? Que conserva sus facciones... Mientes, miserable... Cristina no ha muerto... Vive todavía. Se ha convertido en sombra impalpable. Su espíritu se ha infiltrado en el de Carolina... Sus cuerpos se han hecho uno solo... Sus formas se han confundido... ¡Cristina es Carolina!... ¡Carolina es Cristina! ¡Ja... ja... ja!...

ESCENA II

Dichos y la DUQUESA, vestida de negro, por la puerta secreta

DUQ. ¡Duque! ¡Duque! No contesta. Habla solo... A sus pies yace rígido el cuerpo de don Tomás. Le estranguló, sin duda. Nuevo Otelo que ha muerto a su Yago... ¡Duque!

DUQUE ¡Ja, ja, ja!

DUQ. ¿Esa risa? Mírame. Soy yo. Tu esposa Cristina.

DUQUE Tú no eres Cristina... ¡Eres Carolina!... ¡Ja, ja, ja!

DUQ. No soy un espectro... Soy tu propia esposa.

DUQUE ¡Cristina es Carolina!... ¡Carolina es Cristina!... ¡Ja, ja, ja!

DUQ. ¡Ah! Ya se ha perturbado su cerebro... Ya ha perdido la razón. ¡Mi venganza se ha realizado! ¡Qué espantosa realidad! ¡Arturo! ¡Arturo! ¿No me conoces?

DUQUE ¡Ja, ja, ja!

DUQ Cierto es que ha perdido la razón. Sus ojos, vidriosos, ya no miran como antes... ¡Ay de mí! ¡Ese hombre era mi amor y arranqué la luz de su cerebro! Ya no puede amar a Carolina; pero ha dejado mi alma en un desierto de dolor...

DUQUE ¡Ja, ja, ja!

DUQ. ¿Qué es la vida para mí? Una carga penosa... Mi espíritu está vacío... Allí debo sepultar mi carga... Resucité para vivir como un espectro. Volveré a mi tumba con el pecho atravesado por un hierro... ¡Adiós, Arturo!... ¡Adiós, esposo mío!

ESCENA III

Dichos y DOCTOR CARVAJAL por el foro

DOC. Atrás, señora.

DUQ. ¡Carvajal!

DOC. Sí, Carvajal, que viene a imponer la leyes de la eterna justicia. Carvajal, que detiene sus impulsos suicidas...

DUQ. Mire usted el horrible fruto de mi venganza.

DUQUE ¡Cristina es Carolina! ¡Carolina es Cristina! ¡Ja, ja, ja!

DOC. ¡Se ha obscurecido la luz de su cerebro!

DUQ. Yo he matado su alma sobre el pedestal de la muerte... ¡Mire qué cuadro ofrecen esos dos hombres tan espantoso! Uno es un cuerpo sin vida... Otro es una máquina que vive sin espíritu.

DOC. Ya veo que el odio ha girado en el alma de usted y se ha invertido, transformándose en piedad, como la sombra que también gira y se convierte en luz.

DUQ. Así es... ¡Siento una pena horrible!

DOC. El muerto a la sepultura... El loco a mi clínica... a la clínica que fué de mi padre, asesinado por los yerros de esa propia locura.

DUQ. ¿Y dónde va esta sombra?

DOC. Al seno del amor, grande y luminoso.

ESCENA FINAL

Dichos y CAROLINA, apareciendo por el foro

CAR. ¡Aquí! ¡A mis brazos!

DUQ. ¡Hija mía! (Con un grito del alma.)

CAR. ¡Madre! (Se abrazan.)

DOC. ¡Ha caído la materia! ¡Ha triunfado el Espíritu!

DUQUE (Con una carcajada estridente.) ¡Ja, ja, ja!

FIN DEL DRAMA

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21.—BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

1. La princesa del dollar
2. La ola gigante
3. El señor conde de Luxemburgo
4. Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
5. El Sol de la Humanidad
6. Zazá
7. Mujeres vienesas
8. Hamlet
9. Giordano Bruno
10. El nido ajeno
11. El rey
12. Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
13. Los miserables
14. La ladrona de niños
15. Los dioses de la mentira
16. Cristo contra Mahoma
17. Juventud de príncipe
18. Juan José
19. La sociedad ideal
20. La cizaña
21. Entre ruinas
22. La vida es sueño
23. Sabotage
Pasa la ronda
24. Magda
25. El papá del Regimiento
26. El alcalde de Zalamea
27. Los dos pilletes
28. D. Juan de Serrallonga
29. El rey Lear
30. Espectros
31. Las cigarras hormigas
32. El registro de la policía
33. El vergonzoso en palacio
34. La fuerza de la conciencia
35. Aurora
36. Eva
37. El bufón
38. El cuchillo de plata
39. Nick Carter
40. La cena de los cardenales
¡Justicia humana!
41. El señor feudal
42. El veranillo de S. Martín
43. El desdén con el desdén
44. Cuento inmoral
Amor de amar
45. La dama de las camelias
46. La domadora de leones
47. Los dos sargentos franceses
48. El místico
49. García del Castañar
50. La fierecilla domada
51. El honor
52. El sí de las niñas
53. María Antonieta
54. La viuda alegre
55. El conde de Montecristo
56. Otelo
57. El barbero de Sevilla
58. Daniel
59. Pecado de juventud
60. Nadie más fuerte que Sherlock Holmes
61. La muerte civil
62. La apuesta de Don Juan Tenorio
63. Sor Teresa o El claustro y el mundo
64. La niña boba
65. El pan de piedra
66. Romeo y Julieta
67. Los reyes ante la Inquisición
68. Felipe Derblay
69. Los malos pastores
70. Huyendo del nido
71. Nuestra Señora de París
72. Ana Karenine
73. Margarita de Borgoña
74. El soldado de chocolate
75. La máquina humana

Precio: DOS pesetas